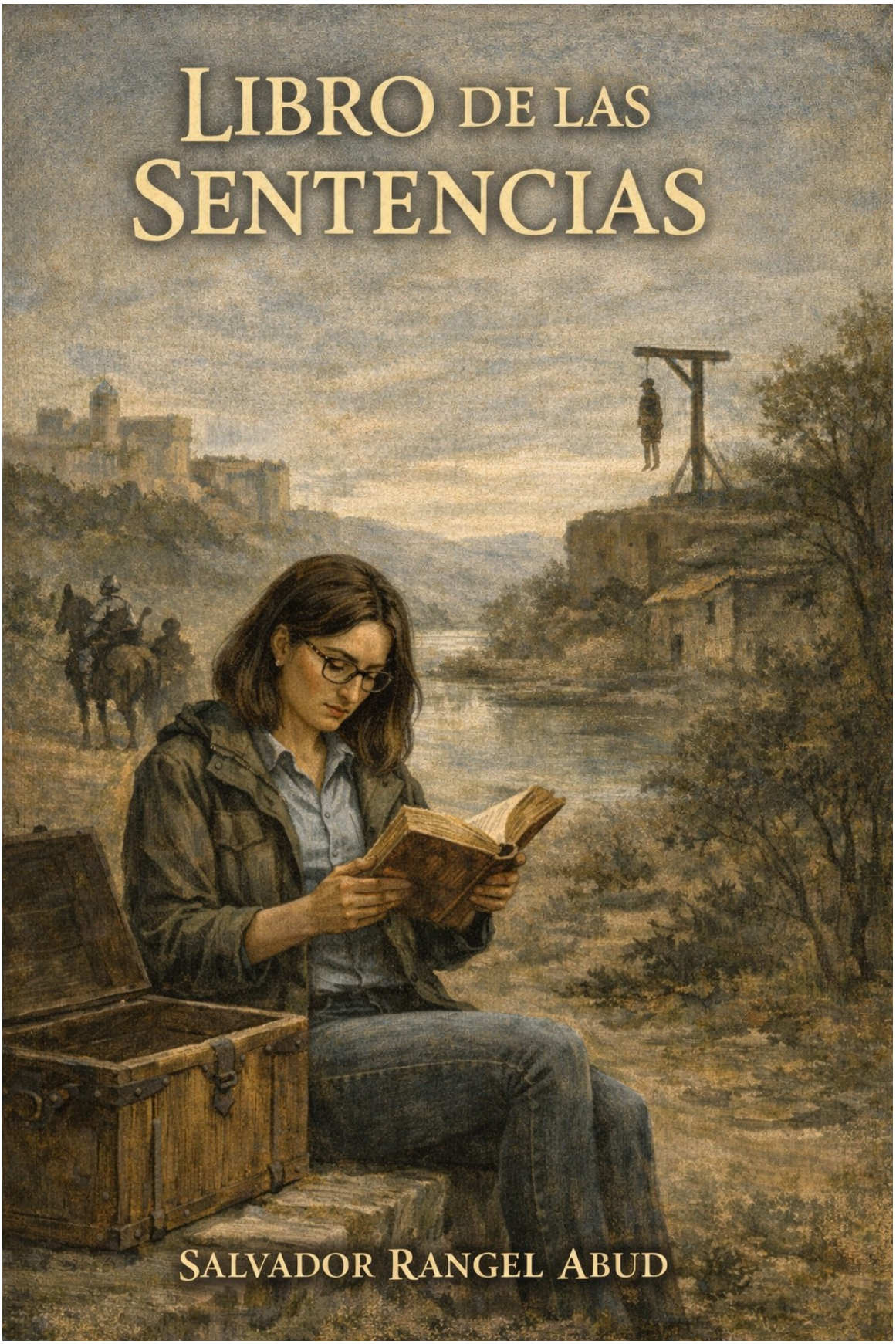
LIBRO DE LAS SENTENCIAS
SALVADOR RANGEL ABUD

EL LIBRO DE LAS SENTENCIAS

Una novela de Salvador Rangel Abud

Sinopsis

Xalapa, Veracruz. Cuando heredas lo que no debiste abrir.

Agripina Lorenzana hereda la casona colonial de su abuela Celedonia y, mientras revisa el desván en una tarde de chipi chipi, encuentra un arcón de cedro que guarda un libro sin título. Su cubierta de piel inquietante respira con ritmo propio. Dentro, ciento cuarenta y cuatro sentencias escritas en español arcaico con anotaciones en caracteres eslavos. Junto al libro, una carta de su abuela: *"No abras lo que no puedes cerrar, no leas lo que no puedes olvidar, no nombres lo que no puedes controlar."*

Agripina es doctora en antropología, profesora de historia de las religiones, escéptica por formación académica. Ve el libro como objeto de estudio, no como amenaza. Decide probar la primera sentencia casi como experimento: *"Lo que se nombra tres veces bajo la luna menguante aparece antes del alba."* Pronuncia el nombre del relicario de plata de su madre, perdido hace años. Al amanecer, el relicario está sobre su mesa.

Es imposible. Pero es real.

Lo que comienza como curiosidad científica se transforma en adicción devastadora. Las sentencias funcionan. Recuperar objetos perdidos. Hacer que alguien te ame. Conseguir dinero. Controlar voluntades. Pero cada uso cobra un precio que el libro no menciona hasta después. Y con cada sentencia usada, Agripina necesita más, como cualquier adicta que ya no puede detenerse.

Las sombras en su casa se mueven solas. Mensajes aparecen en las paredes: *"DEVUÉLVEME LO QUE ES MÍO."* Su mejor amiga Laura le suplica que destruya el libro, pero Agripina no puede. Ya no es ella quien controla al libro; es el libro quien la controla. Pierde su trabajo. Pierde a Laura. Pierde su embarazo. Pierde todo excepto el libro.

Cuando finalmente comprende que está condenada, emprende un viaje desesperado al origen: el Monasterio de Putna en Rumania, donde el libro fue creado siglos atrás. Allí, entre monjes que conocen los nombres de cosas que no deberían nombrarse, Agripina enfrenta la única forma de liberarse: destruir el libro mediante un ritual que requiere renunciar a todo lo que el libro le dio y a la memoria de haberlo usado.

El precio de la libertad es olvidar el poder. El precio del equilibrio es renunciar al control.

Una novela de horror psicológico sobre conocimiento prohibido, adicción al poder, y el largo camino de regreso hacia uno mismo. Ambientada entre el Xalapa neblinoso y los Cárpatos nevados, entre la curiosidad académica y la obsesión destructiva, entre lo que queremos y lo que nos destruye.

ADVERTENCIA DEL AUTOR

Esta novela contiene:

- **Horror psicológico progresivo** sin gore pero con terror genuino
- **Adicción y obsesión** como temas centrales
- **Pérdidas personales** irreparables (amistad, embarazo, carrera)
- **Magia ritual** descrita con detalle
- **Consecuencias devastadoras** de las propias elecciones

No es una historia de magia divertida. Es una historia sobre el precio del poder y lo difícil que es renunciar a él una vez probado.

Sobre el autor

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública y maestro en administración de hospitales, además de escritor. Su formación médica le proporciona perspectiva única sobre adicciones y comportamientos compulsivos, mientras que su vocación literaria le permite explorar el horror psicológico con profundidad inusual.

En esta novela combina conocimiento de historia religiosa, folclore eslavo, y la geografía emocional de Veracruz para crear una narrativa que funciona simultáneamente como horror sobrenatural y como metáfora de cualquier adicción que nos destruye gradualmente.

Detalles de publicación

Título: El libro de las sentencias
Autor: Salvador Rangel Abud
Género: Horror psicológico / Fantasía oscura / Thriller sobrenatural
Ambientación: Xalapa, Veracruz, México / Monasterio de Putna, Rumania
Período: Contemporáneo
Extensión: 12 capítulos + prólogo + epílogo
Idioma: Español
Año de publicación: 2025

Nota del autor

Escribí esta novela porque me fascina la tensión entre curiosidad y prudencia, entre el deseo de conocer y la sabiduría de saber cuándo no

abrir ciertas puertas. Agripina no es víctima inocente; es profesional inteligente que toma decisiones conscientes y paga por ellas. Su adicción al libro refleja cualquier adicción: empieza con "solo una vez", escala gradualmente, cobra precios cada vez mayores, y requiere renuncia total para liberarse.

Xalapa con su chipi chipi constante proporciona la atmósfera perfecta para esta historia: esa lluvia que envuelve sin limpiar, que humedece hasta los huesos, que nunca termina realmente. Y el contraste con los Cárpatos nevados donde el libro fue creado completa la geografía emocional de la novela.

El Libro de las Sentencias no es grimorio real. Es invención literaria. Pero las preguntas que plantea son reales: ¿Qué harías si pudieras controlar la realidad? ¿Cuándo detendrías? ¿Podrías detenerte?

Salvador Rangel Abud
2025

Licencia

Copyright © 2025 Salvador Rangel Abud. Todos los derechos reservados.

Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0).

Usted es libre de: Compartir — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato

Bajo los términos:

- **Atribución** — Crédito apropiado al autor
- **NoComercial** — Sin uso comercial
- **SinDerivadas** — Sin modificaciones

https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es

Palabras clave

Horror psicológico, conocimiento prohibido, grimorio, Xalapa Veracruz, adicción al poder, magia ritual, libro maldito, Cárpatos, Moldavia, sentencias mágicas, consecuencias, obsesión, pérdida, redención, equilibrio, chipi chipi, casona colonial, monasterio ortodoxo

---

Temas principales

- **Curiosidad vs. prudencia:** El precio de abrir lo que debe permanecer cerrado
- **Adicción al poder:** Progresión gradual desde uso ocasional hasta dependencia total

- **Consecuencias de las elecciones:** Cada uso del libro cobra precio específico
- **Conocimiento prohibido:** Lo que no debemos saber aunque podamos saberlo
- **Redención mediante renuncia:** Liberarse requiere renunciar a todo lo ganado
- **Equilibrio:** Encontrar paz después de haber conocido el poder

---

Citas destacadas

"No abras lo que no puedes cerrar, no leas lo que no puedes olvidar, no nombres lo que no puedes controlar."

"La curiosidad es el regalo y la maldición de nuestra familia."

"DEVUÉLVEME LO QUE ES MÍO."

"La libertad no viene de tener poder sino de no necesitarlo."

"El equilibrio no viene de evitar la oscuridad sino de elegir conscientemente la luz incluso cuando la oscuridad ofrece todo lo que deseas."

"Cada sentencia del libro era en realidad una pregunta disfrazada de mandato: ¿usarás este poder?"

Para reflexión del lector

- ¿Qué harías si encontraras un libro que cumple deseos con consecuencias ocultas?
- ¿Cuándo dejarías de usarlo? ¿Podrías detenerte?
- ¿El conocimiento prohibido debe ser destruido o estudiado?
- ¿La adicción al poder es diferente de otras adicciones?
- ¿Vale la pena la libertad si requiere olvidar todo lo que ganaste?

Recomendada para

- Lectores de horror psicológico que prefieren terror inteligente sobre gore
- Personas interesadas en conocimiento prohibido y grimoires
- Quienes aprecian narrativas sobre adicción y redención
- Lectores que disfrutan ambientaciones atmosféricas ricas
- Personas que valoran personajes complejos con arcos completos

---

NO recomendada para

- Lectores que buscan horror con sustos constantes

- Personas sensibles a temas de pérdida de embarazo
- Quienes prefieren magia sin consecuencias
- Lectores que necesitan finales completamente felices
- Personas que buscan ritmo rápido sin desarrollo psicológico

---

Cómo citar esta obra

APA: Rangel Abud, S. (2025). *El libro de las sentencias*. Internet Archive.

MLA: Rangel Abud, Salvador. *El libro de las sentencias*. 2025. Internet Archive.

Chicago: Rangel Abud, Salvador. *El libro de las sentencias*. 2025. Internet Archive.

Mensaje final

Esta es una novela sobre el precio del poder y lo difícil que es renunciar a él.

Agripina no es inocente. Es inteligente, educada, escéptica. Y aun así cae. Porque el libro ofrece lo que todos secretamente deseamos: control sobre la realidad. Y una vez probado, es casi imposible detenerse.

Si esta novela te hace reflexionar sobre tus propias adicciones —al poder, al control, a tener razón, a ganar— cumplió su propósito.

El equilibrio no viene fácil. Pero es posible.

EL LIBRO DE LAS SENTENCIAS

Salvador Rangel Abud
2025

"La libertad no viene de tener poder sino de no necesitarlo."

ÍNDICE

PRÓLOGO: EL ARCÓN DE CEDRO
CAPÍTULO 1: LA PRIMERA LECTURA
CAPÍTULO 2: PRUEBAS Y CURIOSIDAD
CAPÍTULO 3: EL PESO DE LAS PALABRAS
CAPÍTULO 4: LA TENTACIÓN DE LO PROHIBIDO
CAPÍTULO 5: DESCENSO Y ADICCIÓN
CAPÍTULO 6: EL PRECIO OCULTO
CAPÍTULO 7: BÚSQUEDA DE SALVACIÓN
CAPÍTULO 8: RENUNCIAS Y PÉRDIDAS
CAPÍTULO 9: VIAJE AL ORIGEN
CAPÍTULO 10: LA PRUEBA FINAL
CAPÍTULO 11: LA REVELACIÓN
CAPÍTULO 12: RETORNO Y RENACIMIENTO
EPÍLOGO: EL EQUILIBRIO

PRÓLOGO

EL ARCÓN DE CEDRO

Agripina Lorenzana se había mudado a la casona de la calle de insurgentes en la ciudad de Xalapa, cuando la heredó de su aristocrática abuela Doña Celedonia Ortigoza y Paniagua, quien había fallecido apenas en el invierno que acababa de pasar.

Agripina tomó esa decisión para ahorrarse la renta que pagaba en el departamento del edificio Enríquez que le salía bastante carita. Tenía poco tiempo de haberlo hecho y apenas estaba revisando todo el mobiliario y enseres que había heredado junto con la casa para saber con qué se quedaría y qué cosas tendría que desechar.

El Libro de las Sentencias que nos ocupa, llegó antes que la conciencia de su peso, antes que la memoria de lo que significaba abrir lo que debió permanecer cerrado. Agripina subió al desván aquella tarde de chipi chipi persistente, la llovizna xalapeña que no limpia sino que envuelve, que no refresca sino que humedece todo hasta los huesos, y entre los muebles cubiertos de polvo y las cajas con fotografías que ya nadie miraría encontró el arcón de cedro en un rincón, envuelto en los silencios que habitaban la casona.

No supo entonces, porque no podía saberlo, que la madera del arcón guardaba todavía el frío de los Cárpatos, que las vetas oscuras eran cicatrices de siglos, que las incrustaciones en la superficie formaban letras en un alfabeto que ningún académico de la Universidad Veracruzana reconocería porque pertenecían a una lengua que se hablaba solo en los monasterios más remotos de Moldavia, donde los monjes copiaban textos que la Iglesia había intentado destruir durante generaciones. Agripina vio solo un arcón viejo, hermoso en su decrepitud, con una cerradura oxidada que cedió después de varios intentos, y cuando lo abrió encontró en el fondo, envuelto en telas que ya no pertenecían a ningún tiempo reconocible, el volumen que su abuela había guardado durante toda su vida sin atreverse a destruirlo ni a usarlo.

El Libro de las Sentencias no tenía título visible en la cubierta. Su piel, porque era piel y no cuero, animal y humana a la vez en su textura inquietante, parecía haber absorbido todos los rezos y todas las blasfemias que alguna vez se pronunciaron en su presencia. Cuando Agripina lo sostuvo por primera vez sintió que el libro respiraba, que palpitaba con un ritmo propio que no coincidía con el de su corazón pero que de alguna manera lo reconocía, lo reclamaba, lo llamaba desde un lugar que existía antes del lenguaje y que persistiría después de que todas las palabras se hubieran olvidado.

Lo llevó a la estancia que había habilitado como estudio en la planta baja, donde la luz del atardecer entraba sesgada por las ventanas coloniales y proyectaba sombras que se movían cuando no debían moverse, y lo colocó sobre su escritorio de caoba junto a la lámpara de bronce que había pertenecido a su padre. Afuera la lluvia arreciaba con ese sonido característico cuando se convierte en aguacero sin aviso, y los árboles del jardín se inclinaban bajo el peso del agua mientras las cigarras callaban y solo se escuchaba el repiqueteo constante contra las tejas y los cristales.

Agripina abrió el libro con el cuidado que se tiene al abrir algo muy antiguo, algo que podría desmoronarse al primer contacto, pero las páginas estaban intactas, amarillentas pero firmes, cubiertas con una caligrafía que oscilaba entre el español arcaico y anotaciones en los márgenes escritas en caracteres que parecían eslavos mezclados con algo más antiguo, algo que precedía al alfabeto cirílico y que tal vez había sido usado por los primeros cristianos de Oriente cuando todavía creían que ciertas verdades no debían escribirse pero que de todas formas las escribieron porque el miedo a olvidar era más fuerte que el miedo a recordar.

Las sentencias estaban numeradas. Agripina las contó esa primera noche mientras la lluvia no cesaba y la casa crujía con los sonidos habituales de la madera vieja asentándose: eran exactamente ciento cuarenta y cuatro, un número que le resultó significativo sin saber por qué, como si ese número tuviera un peso específico en algún sistema de conocimiento que ella había olvidado o que nunca había aprendido. Algunas sentencias eran crípticas, poéticas, hermosas en su oscuridad: "El espejo que no refleja guarda la verdad del rostro". Otras eran perturbadoramente específicas, instrucciones precisas para realizar actos que parecían pertenecer más a la magia que a la religión: "Cinco gotas de sangre menstrual en vino tinto atan la voluntad del que bebe".

Entre las páginas encontró también una carta de su abuela, escrita con tinta que parecía sangre diluida en agua, con la letra temblorosa de alguien que sabe que está escribiendo sus últimas palabras. La carta era breve, directa, aterradora en su simplicidad: *"Agripina, si estás leyendo esto es porque he muerto y porque has abierto lo que debió permanecer cerrado. No te culpo. La curiosidad es el regalo y la maldición de nuestra*

familia. Pero ahora escúchame bien: no abras lo que no puedes cerrar, no leas lo que no puedes olvidar, no nombres lo que no puedes controlar. Este libro llegó a México en el equipaje de tu bisabuelo Dimitrie Lăpușneanu cuando huía de algo en Moldavia, algo que lo persiguió hasta el día de su muerte. Él me dijo antes de morir que el libro contenía todo lo que Dios prohibió escribir. Yo pasé mi vida guardándolo, escondiéndolo, rezando para que nadie lo encontrara. Pero los libros como este tienen voluntad propia. Te encontró a ti porque quería ser encontrado. Ahora tú decides qué hacer con esa verdad. Solo recuerda: la verdad no suele presentarse sin cobrar algo a cambio".

Agripina leyó la carta tres veces aquella noche, y las tres veces sonrió con esa sonrisa de quien ha sido educado en el escepticismo académico, en la racionalidad ilustrada, en la certeza de que el mundo funciona según leyes naturales que pueden comprenderse mediante la razón y la ciencia. Su abuela Celedonia había sido una mujer supersticiosa, criada en el Veracruz profundo donde todavía se creía en nahuales y en limpias y en maldiciones que pasaban de generación en generación.

Agripina, doctora en antropología por la Universidad Veracruzana, profesora de historia de las religiones, estudiosa de los sincretismos entre catolicismo y paganismo en América Latina, sabía que estos libros de sentencias eran comunes en la Europa del siglo XVIII y XIX, especialmente en las regiones de frontera entre el cristianismo ortodoxo y las antiguas creencias paganas. Probablemente se trataba de un grimorio, un manual de magia ritual que algún copista emprendedor había compilado mezclando fragmentos de textos gnósticos, recetas de curandería popular, y supersticiones locales. Tendría valor histórico, quizá incluso valor económico si resultaba ser un ejemplar raro, pero nada más.

Sin embargo, aquella noche, mientras la lluvia seguía cayendo y las sombras en su estudio parecían moverse con vida propia, Agripina sintió algo que no había sentido en años: miedo. No el miedo abstracto a lo desconocido, sino el miedo concreto, visceral, primitivo, a que su abuela tuviera razón, a que algunas cosas en el mundo no pudieran explicarse mediante la razón, a que el libro que descansaba sobre su escritorio fuera exactamente lo que la carta decía que era: algo que no debió abrirse…y ella ya lo había abierto.

Leyó la primera sentencia casi sin pensarlo, impulsada por esa misma curiosidad que su abuela había llamado regalo y maldición. La sentencia número uno decía: "Lo que se nombra tres veces bajo la luna menguante aparece antes del alba". Afuera la luna estaba en cuarto menguante, visible entre las nubes que se deshacían después de la lluvia, y Agripina, sin saber muy bien por qué, pronunció en voz alta el nombre de un objeto que había perdido hacía años y del cual había pensado esa misma tarde tres veces mientras cenaba sola en la cocina: el relicario de plata de su madre, una pequeña joya con forma de

corazón que contenía una fotografía de sus padres el día de su boda, un objeto que ella había buscado durante meses después de la muerte de su madre sin encontrarlo nunca, convencida de que lo había perdido para siempre.

Cerró el libro, guardó la carta entre sus páginas, apagó la lámpara y subió a su habitación en el segundo piso. Se durmió sin dificultad, agotada por el día de trabajo en la universidad y por la emoción de haber encontrado el arcón, y soñó con un monasterio de piedra rodeado de nieve, donde monjes con rostros ocultos bajo capuchas negras copiaban textos a la luz de velas que nunca se consumían, mientras afuera los lobos aullaban y el viento arrastraba voces en lenguas que nadie hablaba ya.

Despertó a las cuatro de la madrugada con un sobresalto, sin saber qué la había despertado pero con la certeza de que algo había cambiado en la casa. Bajó en silencio, descalza, envuelta en la bata de algodón que usaba para protegerse del frío de la madrugada, y cuando llegó a la sala encontró sobre la mesa de café, bajo la luz tenue que entraba por las ventanas desde las farolas de la calle, el relicario de plata de su madre.

Lo tomó con manos temblorosas. Era el mismo, no había duda: tenía la pequeña abolladura en uno de los lados donde ella misma lo había golpeado accidentalmente cuando tenía diez años, tenía la inscripción apenas visible en la parte posterior con las iniciales de sus padres, tenía dentro la fotografía amarillenta que mostraba a dos jóvenes sonrientes que todavía no sabían que morirían juntos en un accidente de carretera veinte años después.

Era imposible. Absolutamente imposible. Agripina había buscado ese relicario durante meses, había revisado cada rincón de la casa, cada cajón, cada caja en el desván. No estaba. Y ahora estaba aquí, sobre la mesa, como si siempre hubiera estado aquí, como si la hubiera estado esperando.

Volvió al estudio sin encender las luces, todavía sosteniendo el relicario en la mano derecha, y abrió el libro en la primera página. Leyó de nuevo la sentencia número uno: "Lo que se nombra tres veces bajo la luna menguante aparece antes del alba". Leyó la carta de su abuela: "No abras lo que no puedes cerrar, no leas lo que no puedes olvidar". Y supo, con una certeza que le heló la sangre, que había cruzado un umbral que no podría volver a cruzar en sentido contrario, que el libro ahora la conocía tanto como ella lo conocía a él, que algo había comenzado aquella noche que no terminaría hasta que una de las dos partes, ella o el libro, cediera completamente.

Afuera esa llovizna pertinaz había vuelto, suave, perseverante, lavando las calles de Xalapa con esa lluvia que no limpia sino que solo humedece, que no refresca sino que solo empapa, y Agripina se quedó sentada en su escritorio hasta que amaneció, sosteniendo el relicario de

su madre en una mano y con la otra posada sobre la cubierta del Libro de las Sentencias, sabiendo que su vida acababa de cambiar para siempre y que no había vuelta atrás.

CAPÍTULO 1

LA PRIMERA LECTURA

La curiosidad se instaló en Agripina como una fiebre lenta, de esas que no se anuncian con escalofríos ni con delirio sino que van apoderándose del cuerpo célula por célula hasta que ya no se puede distinguir entre el calor propio y el calor de la enfermedad. Pasó la mañana siguiente tratando de encontrar una explicación racional a la aparición del relicario, revisando cada rincón de la casona con la meticulosidad de quien busca no tanto un objeto perdido como una certeza robada, pero las puertas estaban intactas, las ventanas cerradas desde dentro, las cerraduras sin forzar, y el polvo acumulado en los marcos de madera no mostraba señales de que nadie hubiera entrado durante la noche.

Se convenció a sí misma, porque necesitaba convencerse, de que simplemente lo había encontrado días antes y lo había dejado sobre la mesa sin recordarlo, víctima de uno de esos lapsus de memoria que a veces asaltan a quienes viven solos y hablan poco con otros seres humanos, que olvidan si cerraron la llave del gas o si apagaron la cafetera porque los gestos cotidianos se vuelven tan automáticos que la conciencia no los registra. Pero la explicación no terminaba de convencerla, y cada vez que pasaba frente a la mesa de la sala y veía el relicario ahí, brillando con ese brillo opaco de la plata vieja, sentía que algo en el orden natural del mundo se había desacomodado ligeramente, lo suficiente como para que todo pareciera normal a simple vista pero lo bastante como para que quien mirara con atención percibiera que las cosas ya no estaban exactamente donde debían estar.

Volvió al libro con actitud científica, decidida a tratarlo como lo que era, un objeto de estudio antropológico, un artefacto cultural que merecía ser analizado con las herramientas de la razón académica. Se sentó frente a su computadora en el estudio que daba al jardín trasero, donde los helechos crecían salvajes bajo la sombra de los aguacates y las buganvilias trepaban por los muros de piedra con esa persistencia vegetal que eventualmente derrumba todo lo que construyen los hombres, y comenzó a transcribir las sentencias del libro, una por una, con cuidado de respetar la ortografía arcaica y de anotar entre corchetes las palabras que no lograba descifrar completamente.

El trabajo era lento, minucioso, casi hipnótico. La caligrafía del manuscrito oscilaba entre momentos de claridad perfecta y pasajes donde las letras se enredaban unas con otras como si el copista hubiera estado escribiendo en trance o bajo la influencia de alguna sustancia que alteraba su percepción del espacio. Agripina contó las sentencias

mientras las transcribía y descubrió que eran exactamente ciento cuarenta y cuatro, un número que le resultó significativo sin saber muy bien por qué, como si resonara con algún conocimiento olvidado que yacía dormido en algún rincón de su memoria genética.

Sabía que el número doce y sus múltiplos tenían importancia simbólica en muchas tradiciones religiosas: doce apóstoles, doce tribus de Israel, doce meses del año, doce signos del zodiaco. Ciento cuarenta y cuatro era doce multiplicado por doce, el cuadrado perfecto de la totalidad, el número que en el Apocalipsis de Juan representaba a los elegidos que serían salvados del fin del mundo. Pero también era el número de las permutaciones en ciertos sistemas de numerología cabalística, el número de los sellos que contenían a los demonios según algunos grimorios medievales, el número de días que tardaba la luna en completar ciertos ciclos según calendarios lunares antiguos.

Algunas sentencias eran crípticas, poéticas, hermosas en su oscuridad de una forma que le recordaba a los koans del budismo zen o a los fragmentos de Heráclito: "El espejo que no refleja guarda la verdad del rostro", "El agua que no fluye conoce el nombre de lo que viene", "La piedra que canta convoca a los que duermen bajo tierra". Otras eran perturbadoramente específicas, instrucciones precisas para realizar actos que parecían pertenecer más a la magia negra que a cualquier forma de espiritualidad legítima: "Cinco gotas de sangre menstrual en vino tinto atan la voluntad del que bebe", "El cabello de un niño quemado bajo la luna nueva abre las puertas que no tienen cerradura", "La lengua de un ahorcado cosida con hilo de oro otorga el poder de maldecir sin consecuencia".

Las anotaciones marginales estaban escritas en una lengua que Agripina no lograba identificar completamente. Reconocía algunos caracteres del alfabeto cirílico, otros que parecían pertenecer al alfabeto glagolítico que se usaba en los textos eslavos más antiguos, y otros más que no se parecían a nada que hubiera visto antes, símbolos que podrían ser letras o podrían ser pictogramas o podrían ser simplemente los garabatos de un copista que había perdido la razón a medio camino del trabajo. Algunas de estas anotaciones iban acompañadas de pequeños dibujos: una mano abierta con un ojo en la palma, una serpiente que se mordía la cola, un árbol invertido con las raíces hacia arriba y las ramas hacia abajo, una escalera que no llevaba a ninguna parte.

Decidió investigar el origen del libro, rastrear su genealogía hasta donde fuera posible, reconstruir el camino que lo había traído desde los Cárpatos hasta esta casona de Xalapa donde ahora descansaba sobre su escritorio como una bomba que no había explotado todavía pero que podía hacerlo en cualquier momento. Cerró la computadora, guardó el libro en el cajón del escritorio que tenía llave, salió de la casa y caminó las seis cuadras que la separaban del Archivo Histórico del Estado de Veracruz, un edificio colonial que había sido convento en el siglo XVII y

que ahora albergaba documentos que nadie leía porque la historia de provincia interesa solo a los provincianos y a los académicos que necesitan tema para sus tesis.

La archivista de turno, una mujer de mediana edad con lentes de montura gruesa y una paciencia infinita para lidiar con investigadores que no sabían usar los catálogos, la ayudó a buscar referencias a Dimitrie Lăpușneanu en los registros de inmigración del siglo XIX. Encontraron pocas cosas: un certificado de arribo al puerto de Veracruz fechado el 15 de marzo de 1891, donde constaba que Dimitrie Lăpușneanu, de treinta y dos años, natural de Moldavia, había desembarcado del vapor alemán Friedrich Wilhelm procedente de Bremen con un baúl de efectos personales y una carta de presentación del cónsul austriaco en Bucarest.

Había también un acta de matrimonio del 3 de junio de 1891, celebrado en la Catedral de Xalapa, entre Dimitrie Lăpușneanu y Celedonia Ortigoza y Paniagua, hija de una de las familias criollas más antiguas de Veracruz, unión que debió causar escándalo en su momento porque los Ortigoza y Paniagua no tenían costumbre de casar a sus hijas con extranjeros sin fortuna. Había algunos documentos comerciales que indicaban que Dimitrie se había dedicado al comercio de maderas preciosas, comprando cedro y caoba en las zonas montañosas de Veracruz para venderlas a constructores en la Ciudad de México, negocio que aparentemente le había ido bien durante algunos años.

Y luego estaba el acta de defunción, fechada el 23 de agosto de 1897, que registraba la muerte de Dimitrie Lăpușneanu a la edad de treinta y ocho años por fiebres tropicales, enfermedad vaga que en aquella época servía para explicar cualquier muerte que ocurriera en climas cálidos y húmedos sin que hubiera necesidad de ser más específico. Nada extraordinario, nada que sugiriera que este hombre hubiera llegado a México huyendo de algo oscuro, nada que indicara que hubiera traído consigo un libro maldito en su equipaje.

Pero entonces Agripina pidió ver los archivos parroquiales de la Catedral, documentos que rara vez se consultaban porque contenían principalmente registros de bautizos, comuniones, confirmaciones y entierros que solo interesaban a genealogistas aficionados. La archivista la llevó a un sótano donde las cajas se apilaban hasta el techo y donde el olor a papel viejo y a humedad era tan denso que parecía tener sustancia física, y después de dos horas de búsqueda encontraron un cuaderno encuadernado en piel donde el párroco de la Catedral en 1897, un tal Padre Eusebio Maldonado, llevaba un diario de sus actividades pastorales.

En la entrada del 23 de agosto de 1897, el mismo día de la muerte de Dimitrie, había una anotación escrita con tinta más oscura que el resto, como si el padre Maldonado hubiera presionado la pluma con más fuerza de lo habitual: "Fui llamado a última hora al lecho de muerte de Dimitrie

Lăpușneanu, el moldavo que casó con la hija de los Ortigoza. Llegué cuando ya estaba agonizando. Le ofrecí confesión pero se negó a recibirla, aferrándose a un libro de cubierta negra que mantenía contra su pecho como si fuera lo único que lo separaba de la condenación eterna. Me dijo, con la voz que le quedaba, que el libro contenía todo lo que Dios prohibió escribir, que él lo había traído desde su tierra para mantenerlo lejos de quienes sabían usarlo, pero que ahora temía que su sacrificio hubiera sido en vano. Intenté arrebatarle el libro para quemarlo, cumpliendo con mi deber de pastor, pero su esposa Celedonia intervino y me pidió que lo dejara morir en paz. Accedí, contra mi mejor juicio. Que Dios me perdone si con ello permití que el Maligno conservara un instrumento de perdición en este mundo".

Agripina copió la entrada completa en su libreta, con manos que temblaban ligeramente. El padre Maldonado había intentado quemar el libro. Celedonia lo había impedido. Y luego lo había guardado durante décadas, escondiéndolo en ese arcón de cedro en el desván, protegiéndolo y temiéndolo al mismo tiempo, hasta que finalmente había muerto y el libro había pasado a manos de su nieta.

Regresó a la casona cuando ya estaba oscureciendo, caminando por calles donde los faroles comenzaban a encenderse y donde el chipi chipi de la tarde formaba halos de luz alrededor de cada lámpara. Entró por la puerta principal, dejó sus cosas sobre la mesa del recibidor, subió directamente al estudio, abrió el cajón con llave, sacó el libro.

Lo abrió y pasó las páginas hasta encontrar una sentencia que no había visto antes, o que había visto pero a la que no había prestado atención suficiente. Era la sentencia número trece, y decía: "El que busca el origen de lo prohibido encuentra solamente el reflejo de su propia condenación".

Esa noche soñó otra vez con el monasterio de piedra rodeado de nieve. Pero esta vez no era una observadora pasiva del sueño sino que estaba dentro de él, caminando por pasillos helados donde el viento entraba por las ventanas rotas y hacía bailar las llamas de las velas que los monjes mantenían encendidas sobre sus mesas de trabajo. Uno de los monjes levantó la vista cuando ella pasó, y aunque su rostro estaba oculto bajo la capucha de su hábito, Agripina supo que la estaba mirando, que la había estado esperando, que la conocía mejor de lo que ella se conocía a sí misma.

El monje habló con una voz que parecía venir de muy lejos y de muy cerca al mismo tiempo, una voz que era muchas voces superpuestas:

—Cada sentencia es una puerta. Algunas dan al cielo, otras al infierno. Tú ya abriste la primera.

Agripina quiso preguntar cómo cerrarla, cómo volver atrás, cómo deshacer lo que había hecho, pero antes de que pudiera abrir la boca

despertó en su cama, empapada en sudor, con el corazón latiéndole tan fuerte que le dolía el pecho.

Se quedó acostada en la oscuridad durante mucho tiempo, escuchando los sonidos de la casa, los crujidos de la madera, el goteo de un grifo que no cerraba bien en algún lugar del primer piso, el murmullo del viento entre las ramas de los aguacates en el jardín. Y supo, con esa certeza que solo viene en las horas más oscuras de la noche cuando las defensas racionales están bajas y la verdad puede filtrarse sin obstáculos, que el libro no era simplemente un artefacto histórico, no era simplemente un objeto de estudio antropológico, no era simplemente una curiosidad heredada de una abuela supersticiosa.

El libro estaba vivo. O contenía algo que estaba vivo. Y ese algo la había estado esperando durante mucho tiempo, paciente como solo pueden ser pacientes las cosas que no miden el tiempo en años sino en generaciones, en siglos, en eras.

Se levantó, bajó al estudio, encendió la lámpara de su escritorio. Abrió el libro en la primera página y leyó de nuevo la sentencia número uno: "Lo que se nombra tres veces bajo la luna menguante aparece antes del alba". Había funcionado. El relicario había aparecido. La primera puerta se había abierto.

Y ahora tenía que decidir si abriría la segunda, o si intentaría cerrar la primera antes de que fuera demasiado tarde, si es que no era ya demasiado tarde, si es que había alguna vez una forma de cerrar las puertas que este libro abría.

Afuera el chipi chipi había regresado, suave y persistente, lavando las calles de Xalapa con esa lluvia que nunca termina de lavar nada.

CAPÍTULO 2

PRUEBAS Y CURIOSIDAD

La tentación venció al escepticismo en el preciso momento en que Agripina dejó de intentar convencerse de que el relicario había aparecido por causas naturales y aceptó, aunque fuera solo como hipótesis de trabajo, aunque fuera solo como experimento controlado para refutar definitivamente la superstición, que tal vez, quizá, posiblemente, el libro tenía algún tipo de poder que escapaba a las leyes de la física que ella conocía. Era martes, hacía un sol brillante que no era común en Xalapa durante esa época del año, y Agripina decidió que si iba a probar otra sentencia debía elegir una que le pareciera lo suficientemente inocua como para no causar daño irreparable pero lo suficientemente específica como para que sus resultados, si los había, fueran inequívocos.

Pasó la mañana leyendo y releyendo las ciento cuarenta y cuatro sentencias que había transcrito, evaluando cada una con el ojo crítico de quien está diseñando un experimento científico y necesita controlar

todas las variables posibles. Descartó las que involucraban sangre, las que requerían ingredientes que no podía conseguir fácilmente, las que hacían referencia a daños a otras personas, las que parecían demasiado ambiguas en sus promesas o demasiado oscuras en sus intenciones. Finalmente eligió la sentencia número cuarenta y siete, que decía: "La vela de cera de abeja encendida al mediodía revela lo oculto en la habitación donde arde".

Le pareció perfecta para sus propósitos. Era específica en cuanto al tiempo, al mediodía, lo que significaba que podía controlar el momento exacto del experimento. Era específica en cuanto al material, vela de cera de abeja, no cualquier vela. Y prometía un resultado observable: revelar lo oculto, fuera lo que fuera que eso significara. No pedía sangre, no requería sacrificios, no amenazaba con consecuencias terribles. Era, en apariencia, una sentencia casi inofensiva, más cercana a un truco de salón que a un ritual de magia negra.

Salió de la casona a las once de la mañana y caminó hasta el mercado de artesanías que se instalaba los martes en el parque Juárez, un lugar donde vendedores de pueblos cercanos ofrecían sus productos bajo toldos de lona: rebozos de Santa María del Río, cerámica de Papantla, velas de todos los tamaños y colores hechas por comunidades que todavía mantenían la tradición de la apicultura y la producción artesanal de cera. Encontró un puesto atendido por una mujer mayor con trenzas grises y manos callosas que le vendió una vela gruesa de cera de abeja pura, color miel, con la garantía de que había sido hecha sin parafina ni aditivos químicos, solo con la cera que las abejas producían en las colmenas que su familia mantenía en las montañas de Xico.

—¿Para qué la quiere, señorita? —preguntó la mujer mientras envolvía la vela en papel de estraza—. Porque si es para limpias o para trabajos espirituales, hay que bendecirla primero con agua de siete iglesias.

—Es para un experimento —respondió Agripina, y la respuesta no era exactamente una mentira.

—Ah —dijo la mujer con una sonrisa que sugería que sabía más de lo que decía—. Los experimentos a veces salen mejor cuando uno no espera nada de ellos.

Agripina regresó a la casona con la vela envuelta en su bolsa, subió al estudio, cerró las cortinas para bloquear la luz directa del sol pero dejó suficiente claridad como para poder ver bien la habitación. Colocó la vela en un candelabro de bronce que encontró en uno de los aparadores del comedor, lo puso sobre su escritorio, alejado de cualquier papel o material inflamable. Sacó su teléfono celular, lo configuró para tomar fotografías en ráfagas automáticas cada treinta segundos, lo colocó sobre un trípode improvisado con libros apilados de forma que la cámara enfocara hacia la pared blanca que había frente al escritorio.

A las doce en punto del día, verificando la hora en tres relojes diferentes para asegurarse de que era exactamente mediodía, encendió la vela con un cerillo de madera. La llama prendió con facilidad, alta y amarilla, y comenzó a arder con ese aroma dulce característico de la cera de abeja, un olor que le recordó a Agripina las misas de su infancia cuando todavía iba a misa con su madre y el humo del incienso se mezclaba con el olor de las velas votivas que los fieles dejaban encendidas frente a las imágenes de los santos.

Durante los primeros minutos no sucedió nada. La vela ardía con normalidad, la llama oscilaba ligeramente con las corrientes de aire que entraban por las rendijas de las ventanas viejas, la cera comenzaba a derretirse y a escurrir por los lados formando pequeños ríos dorados que se solidificaban al enfriarse. Agripina se sentó en su silla de escritorio, observando, esperando, sintiendo una mezcla de alivio y decepción porque aparentemente la sentencia no iba a funcionar, porque aparentemente el incidente del relicario había sido una coincidencia extraordinaria que no se repetiría.

Pero entonces, conforme la vela se consumía y la llama se hacía más pequeña, Agripina notó que algo extraño estaba sucediendo con las sombras en la habitación. Las sombras que proyectaban los muebles, los libros, las plantas en sus macetas, comenzaron a moverse de una forma que no correspondía con el movimiento de la llama. Se estiraban y se contraían de manera independiente, como si tuvieran voluntad propia, como si fueran entidades separadas de los objetos que supuestamente las proyectaban.

Agripina se levantó de su silla, sintiendo que el vello de los brazos se le erizaba. Las sombras seguían moviéndose, reptando por las paredes, deslizándose por el suelo, convergiendo todas hacia un punto específico: la pared blanca frente a su escritorio, la misma pared que su teléfono estaba fotografiando automáticamente. Sobre esa pared, mientras Agripina observaba sin atreverse a respirar, comenzó a formarse una mancha oscura que al principio parecía solo una concentración mayor de sombra pero que poco a poco fue adquiriendo definición, contornos, forma.

La mancha se convirtió en letras. Letras grandes, trazadas con una caligrafía que Agripina reconoció inmediatamente porque era la misma caligrafía del Libro de las Sentencias, con esos trazos angulosos y esas serifas exageradas que parecían garras. Las letras decían: DEVOLVEDME LO QUE ES MIO.

El mensaje permaneció en la pared durante tal vez diez segundos, tal vez veinte, Agripina no podría decir con certeza después porque el tiempo se había vuelto elástico, maleable, como si esos segundos se hubieran expandido hasta contener horas de percepción comprimida. Luego Agripina reaccionó, extendió la mano, apagó la vela de un manotazo que la derribó del candelabro y la hizo rodar por el suelo. La

llama se extinguió. Las sombras volvieron a ser sombras normales. La mancha en la pared desapareció como si nunca hubiera estado ahí.

Agripina se quedó de pie en medio del estudio, con el corazón latiéndole tan fuerte que podía oírlo en sus oídos, con las manos temblándole de tal forma que tuvo que sentarse antes de que las piernas dejaran de sostenerla. Recogió la vela del suelo, la puso de nuevo en el candelabro, la colocó lejos, sobre una repisa donde no pudiera verla directamente. Luego tomó su teléfono con dedos torpes y revisó las fotografías que había tomado durante el experimento.

Las primeras imágenes mostraban el estudio normal, la pared blanca sin nada especial. Luego, en las fotografías tomadas alrededor de las doce y quince, aparecía la mancha. Era pequeña al principio, apenas perceptible, pero crecía en cada imagen sucesiva hasta que en la fotografía tomada a las doce y diecisiete la mancha era claramente visible y las letras eran completamente legibles: DEVOLVEDME LO QUE ES MIO. En la fotografía siguiente, tomada treinta segundos después, la mancha había desaparecido.

Agripina pasó el resto del día intentando convencerse de que había sido una alucinación, producto del estrés, de la sugestión, de haber pasado demasiadas noches sin dormir bien pensando en el libro. Buscó explicaciones racionales: tal vez había humedad en la pared y el calor de la vela había hecho visible una mancha preexistente, tal vez las fotografías habían capturado algún efecto óptico producido por la luz indirecta y las sombras, tal vez su cerebro había interpretado patrones aleatorios como letras porque estaba predispuesta a ver significado donde no lo había.

Pero las explicaciones no funcionaban. La mancha había aparecido exactamente cuando la vela estaba encendida y había desaparecido exactamente cuando la vela se apagó. Las letras eran demasiado claras, demasiado bien formadas, demasiado deliberadas como para ser producto del azar o de la pareidolia. Y el mensaje, DEVOLVEDME LO QUE ES MIO, era demasiado específico, demasiado amenazante, demasiado personal.

Esa noche Agripina no pudo dormir. Se quedó acostada en su cama con los ojos abiertos en la oscuridad, escuchando todos los sonidos de la casa vieja que durante el día pasaban desapercibidos pero que en la noche adquirían presencia inquietante: los crujidos de la madera del piso cuando se enfriaba después del calor del día, el goteo irregular de un grifo que no cerraba bien en el baño del pasillo, el rumor del viento entre las hojas de los aguacates en el jardín, el maullido lejano de gatos callejeros que peleaban por territorio en algún tejado cercano.

Pero también escuchaba otros sonidos que no podía explicar tan fácilmente: pasos suaves que subían y bajaban las escaleras cuando nadie debería estar caminando, el roce de telas contra las paredes como

si alguien en ropa larga estuviera desplazándose por los pasillos, susurros en una lengua que no reconocía pero que le erizaba la piel porque sonaban demasiado cercanos, demasiado reales, demasiado cargados de intención.

A las tres de la mañana se rindió, encendió la luz de su mesa de noche, tomó su teléfono celular y llamó a Laura Mendizábal, su amiga y colega de la Universidad Veracruzana, profesora asociada del departamento de antropología, especializada en religiosidad popular y sincretismos culturales. Laura era una de las pocas personas en Xalapa con quien Agripina podía hablar de estos temas sin sentirse juzgada, porque Laura había pasado años estudiando curanderismo, brujería, chamanismo, todas esas prácticas que la academia oficial prefería mantener a distancia segura pero que Laura abordaba con una mezcla de rigor científico y respeto genuino por las tradiciones que investigaba.

El teléfono sonó cinco veces antes de que Laura contestara con voz adormilada:

—¿Agripina? ¿Qué hora es?

—Perdona que te llame a esta hora —dijo Agripina—. Necesito hablar contigo. Está pasando algo raro.

—¿Algo raro cómo? ¿Estás bien? ¿Estás en peligro?

—No, no es eso. O no lo sé. Es que encontré un libro que era de mi abuela y creo que… no sé cómo decir esto sin que suene completamente loco.

—A las tres de la mañana todo suena loco —dijo Laura, ahora más despierta—. Pero cuéntame.

Agripina le contó todo: el arcón de cedro, el Libro de las Sentencias, la carta de su abuela, el relicario que había aparecido después de pronunciar la primera sentencia, la vela y el mensaje en la pared. Mientras hablaba podía oír que Laura respiraba al otro lado de la línea, sin interrumpir, escuchando con esa atención que solo dan las personas que están acostumbradas a oír cosas extrañas sin descartarlas inmediatamente como imposibles.

Cuando Agripina terminó hubo un silencio largo. Luego Laura dijo:

—Probablemente hay una explicación racional para todo esto. La humedad en las paredes de las casas viejas puede hacer cosas raras. La sugestión es muy poderosa. El cerebro humano es muy bueno para ver patrones donde no los hay.

—Pero… —comenzó Agripina.

—Pero —continuó Laura— también he visto suficientes cosas en mi trabajo de campo que no puedo explicar como para no descartar nada automáticamente. El próximo fin de semana voy a Xalapa de todos modos para revisar unos documentos en el archivo. Puedo pasar por tu casa, ver el libro, y tal vez entre las dos podamos darle sentido a esto.

—¿De verdad? —Agripina sintió un alivio enorme solo de saber que no tendría que lidiar con esto sola.

—De verdad. Mientras tanto, no hagas nada más con el libro. No leas más sentencias, no pruebes nada. Solo déjalo guardado hasta que yo llegue.

—De acuerdo —prometió Agripina, aunque no estaba segura de poder cumplir esa promesa.

Colgaron. Agripina apagó la luz y se quedó en la oscuridad otra vez. Pero antes de intentar dormir, casi sin pensarlo, tomó su libreta del buró y escribió en ella, usando la luz tenue que entraba por la ventana desde las farolas de la calle: "¿Qué es lo que el libro quiere que le devuelva? ¿Qué es lo suyo que yo tengo?"

Y debajo de esas preguntas, con letra más pequeña, escribió la sentencia que había encontrado esa tarde mientras revisaba de nuevo el libro, la sentencia que le había helado la sangre: "Quien prueba una sentencia se convierte en deudor del libro hasta que salde lo debido con conocimiento o con sangre".

Afuera el chipi chipi había regresado, suave pero implacable, lavando las calles de Xalapa sin lavar nada en realidad.

CAPÍTULO 3

EL PESO DE LAS PALABRAS

Laura Mendizábal llegó el sábado por la mañana en su viejo Volkswagen Sedán color azul que hacía un ruido de motor enfermo cada vez que subía una pendiente, estacionándose frente a la casona de la calle de Insurgentes con esa mezcla de escepticismo académico y fascinación genuina que había desarrollado durante años de estudiar prácticas que la mayoría de sus colegas preferían ignorar o descartar como superstición primitiva. Traía consigo una mochila de lona cargada con cuadernos de notas, cámaras fotográficas, una grabadora digital, y varios libros de referencia sobre grimorios europeos y magia ritual que había sacado de su biblioteca personal pensando que podrían ser útiles para entender qué era exactamente ese libro que Agripina había encontrado.

Agripina la recibió en la puerta con ojeras profundas que hablaban de varias noches sin dormir bien, con el cabello recogido en una cola de caballo desprolija, con ropa que parecía haber sido elegida al azar de un montón sobre una silla. Se abrazaron con ese abrazo de amigas que se conocen desde hace años y que no necesitan explicaciones elaboradas para entender que algo está mal, y luego Agripina la condujo directamente al estudio donde el Libro de las Sentencias descansaba sobre el escritorio de caoba, cerrado, silencioso, pero de alguna manera

emanando una presencia que llenaba la habitación como un perfume pesado que no se podía ignorar.

Laura se acercó al libro con cautela, sin tocarlo todavía, observándolo desde diferentes ángulos, inclinándose para examinar la encuadernación, la textura de la cubierta, las marcas de uso en los bordes. Luego sacó un par de guantes de látex de su mochila, se los puso con gestos metódicos, y solo entonces abrió el volumen con el cuidado de quien ha sido entrenada para manipular documentos antiguos que podrían desintegrarse al menor contacto brusco.

—Es viejo —dijo Laura después de examinar las primeras páginas—. Muy viejo. La tinta es ferrogálica, del tipo que se usaba en los siglos XVIII y XIX. El papel parece hecho a mano, probablemente de trapo. Y esta caligrafía... —pasó un dedo enguantado sobre las letras sin tocarlas directamente— es gótica germánica mezclada con elementos de escritura cirílica. Muy inusual.

—¿Puedes leer las anotaciones marginales? —preguntó Agripina.

Laura sacó una lupa de su mochila y examinó los márgenes con atención meticulosa, moviendo la lupa lentamente sobre las líneas de texto que serpenteaban alrededor de las sentencias principales.

—Algunas están en eslavo eclesiástico —dijo—. Es la lengua litúrgica de la Iglesia Ortodoxa, como el latín para los católicos. Se usaba en los manuscritos religiosos de Europa Oriental. Estas palabras aquí —señaló una línea— dicen algo sobre "las puertas que no deben abrirse" y "el conocimiento que consume". Otras anotaciones están en rumano antiguo, creo, aunque la ortografía es muy arcaica. Y algunas... —se detuvo, frunciendo el ceño— no estoy segura de qué lengua son. Parecen alfabeto glagolítico, que es anterior al cirílico, pero hay símbolos que no reconozco.

—Tengo un colega en la UNAM —continuó Laura sin apartar los ojos del libro— que es especialista en lenguas eslavas medievales. Si le envío fotografías de estas páginas tal vez pueda ayudarnos a traducirlas completamente.

—¿Qué crees que es? —preguntó Agripina—. ¿Un grimorio?

Laura cerró el libro con cuidado y se quitó los guantes.

—Probablemente sí. Un grimorio es básicamente un manual de magia ritual, y estos eran muy comunes en la Europa del siglo XVIII y XIX, especialmente en las regiones de frontera entre el cristianismo ortodoxo y las antiguas creencias paganas. Los Cárpatos, Moldavia, Transilvania, esa zona estaba llena de estos textos híbridos. Monjes que copiaban salmos cristianos junto con conjuros para ahuyentar vampiros. Frailes que mezclaban oraciones latinas con recetas de alquimia. No es raro encontrarlos en colecciones privadas o en archivos eclesiásticos.

—Pero —agregó, mirando directamente a Agripina— la mayoría de esos grimorios no funcionan. Son textos históricos, artefactos culturales. La gente los usaba porque creía en ellos, pero eso no significa que tuvieran poder real.

Agripina le contó entonces sobre el mensaje en la pared, mostrándole las fotografías en su teléfono celular, y Laura las examinó con expresión cada vez más seria. Amplió las imágenes, verificó los metadatos para confirmar que no habían sido alteradas, comparó la caligrafía del mensaje con la caligrafía del libro.

—Esto es... perturbador —admitió Laura finalmente—. Podría haber una explicación racional. Humedad en las paredes, efectos ópticos, sugestión. Pero también he visto suficientes cosas raras en mi trabajo de campo como para no descartar nada automáticamente.

—¿Qué propones? —preguntó Agripina.

Laura pensó durante un momento largo, mordiéndose el labio inferior como hacía siempre que estaba considerando opciones difíciles.

—Propongo que hagamos un experimento controlado. Elegimos una sentencia que parezca completamente neutra, sin potencial para causar daño. Seguimos sus instrucciones al pie de la letra. Documentamos todo con video, fotografías, grabaciones de audio. Si pasa algo, lo tendremos registrado. Si no pasa nada, entonces sabemos que el incidente de la vela fue una anomalía o una coincidencia.

Pasaron la siguiente hora revisando las ciento cuarenta y cuatro sentencias, buscando una que cumpliera con los criterios que Laura había establecido: neutra, verificable, sin menciones de sangre o sacrificios o daño a terceros. Finalmente eligieron la número treinta y tres: "Tres piedras blancas del río, colocadas en triángulo bajo la almohada, traen sueños verdaderos".

—Sueños verdaderos —dijo Laura—. Es suficientemente vago como para ser seguro, pero suficientemente específico como para que podamos evaluar si funciona o no. Si las dos soñamos algo relacionado con el libro, algo que no hayamos discutido previamente, entonces sabemos que hay algo más aquí.

Salieron de la casona cerca del mediodía y caminaron hasta el río Sedeño, que corría al sur de la ciudad bordeado por sauces llorones y helechos gigantes, un lugar donde las familias iban los domingos a hacer días de campo y donde el agua bajaba clara y fría desde las montañas. Encontraron tres piedras blancas del tamaño aproximado de un puño cerrado, pulidas por la corriente, perfectamente redondas, y las llevaron de regreso a la casa envueltas en un paño.

Laura instaló dos cámaras de video en el cuarto de Agripina, una enfocada hacia la cama y otra hacia la puerta, programadas para grabar durante toda la noche con visión infrarroja. Colocó las tres piedras bajo

la almohada de Agripina, formando un triángulo equilátero, mientras Agripina marcaba las posiciones exactas con un lápiz sobre la funda para poder verificar después si se habían movido.

—Yo voy a dormir en el cuarto de huéspedes —dijo Laura—. También voy a dejar una cámara grabando allí. Si las dos tenemos el mismo sueño, o sueños relacionados, sin haber hablado sobre qué esperamos soñar, entonces es evidencia de que algo está pasando.

—¿Y si no sueño nada? —preguntó Agripina.

—Entonces confirmamos que esto es solo un libro viejo con historias interesantes pero sin poder real.

Se fueron a dormir temprano, antes de que oscureciera completamente, porque querían maximizar las horas de sueño para tener más oportunidad de soñar. Agripina se acostó en su cama sintiendo las piedras duras bajo la almohada, incómodas pero no insoportables, y cerró los ojos esperando que el sueño llegara rápido.

Cuando finalmente se durmió, lo hizo profundamente, cayendo en ese pozo oscuro del sueño sin sueños del que uno emerge horas después sin recordar nada. Pero entonces, en algún momento de la noche, el pozo se abrió y ella estaba de nuevo en el monasterio de piedra rodeado de nieve.

Esta vez no era una observadora pasiva mirando desde afuera. Estaba dentro, caminando por los pasillos helados donde el viento entraba por las ventanas rotas silbando con voces que casi formaban palabras. Los monjes estaban en sus celdas copiando textos a la luz de velas que nunca se consumían, inclinados sobre pergaminos enormes que cubrían mesas de madera oscurecida por siglos de uso.

Agripina caminó entre ellos y ninguno levantó la vista hasta que ella llegó a una celda al final del pasillo donde un monje particularmente viejo, con barba blanca que le llegaba hasta la cintura, copiaba el mismo libro que ella había encontrado en el arcón de cedro. El Libro de las Sentencias. Pero este era el original, el manuscrito del cual todos los demás eran copias.

El monje levantó la vista y aunque su rostro estaba parcialmente oculto bajo la capucha de su hábito negro, Agripina pudo ver sus ojos. Eran ojos que habían visto demasiado, que habían leído cosas que no debieron leerse, que contenían conocimiento que pesaba como plomo en el alma.

El monje habló con una voz que parecía venir de muchas gargantas al mismo tiempo, una voz coral que llenaba la celda y reverberaba en los huesos de Agripina:

—Cada sentencia es una puerta. Algunas dan al cielo, otras al infierno. Tú ya abriste tres.

—¿Cómo las cierro? —preguntó Agripina, y su propia voz sonaba extraña en el sueño, distante, como si viniera de muy lejos.

—Las puertas que se abren con palabras solo se cierran con palabras —respondió el monje—. Pero para cerrarlas primero debes entender lo que significan. Y el entendimiento tiene un precio que se paga con lo que eres.

El monje volvió a inclinarse sobre su trabajo y Agripina quiso preguntarle más, quiso exigirle respuestas claras en lugar de acertijos, pero en ese momento despertó sobresaltada, sentada en su cama, con el corazón latiéndole aceleradamente y la piel empapada en sudor frío.

El reloj en su mesa de noche marcaba las tres de la madrugada. Se levantó, bajó las escaleras descalza en la oscuridad, necesitando agua, necesitando moverse, necesitando confirmar que estaba despierta y que el monasterio era solo un sueño. Pero cuando llegó a la cocina encontró a Laura sentada a la mesa, pálida como papel, con las manos temblándole alrededor de un vaso de agua que no había bebido.

—Lo viste —dijo Laura, y no era una pregunta.

—El monasterio —confirmó Agripina—. Los monjes. El libro.

—Yo también —susurró Laura—. Soñé exactamente lo mismo. Estaba en un pasillo, había monjes copiando textos, y uno de ellos me dijo... me dijo...

—Que cada sentencia es una puerta —completó Agripina—. Que algunas dan al cielo y otras al infierno.

—Tú ya abriste tres —dijeron las dos al mismo tiempo.

Se quedaron mirándose en la oscuridad de la cocina, escuchando el zumbido del refrigerador y el goteo del grifo que no cerraba bien, y el silencio entre ellas estaba cargado con todo el peso de lo que acababan de confirmar: que el libro no era solo un artefacto histórico, que las sentencias no eran solo palabras muertas en papel viejo, que algo real y poderoso y antiguo estaba operando a través de esas páginas.

Laura fue la primera en hablar, con voz que intentaba ser firme pero que temblaba en los bordes:

—Tenemos que revisar las grabaciones. Verificar que realmente dormimos, que esto no fue sugestión o telepatía o...

Subieron al cuarto de Agripina y revisaron los videos. Las cámaras habían grabado toda la noche. Las imágenes mostraban a Agripina durmiendo profundamente, sin moverse, durante horas. Lo mismo con Laura en el cuarto de huéspedes. No había evidencia de que hubieran estado despiertas, de que se hubieran comunicado de alguna forma.

Pero cuando Agripina levantó su almohada para guardar las piedras, descubrió algo que las heló la sangre a ambas: las tres piedras blancas del río estaban ardiendo. No con fuego visible, sino con un calor intenso que había quemado la funda de la almohada dejando tres marcas circulares negras en el tejido. Las piedras mismas estaban tan calientes que Agripina tuvo que usar una toalla para poder tocarlas, y cuando las

dejó caer en el lavabo del baño, el agua que las tocó siseó convirtiéndose en vapor.

Laura recogió sus cosas esa misma mañana, temprano, antes de que saliera el sol completamente. Metió sus cámaras y sus libros en la mochila con movimientos apresurados, nerviosos, y cuando estuvo lista para irse se detuvo en la puerta y miró a Agripina con ojos que mezclaban preocupación genuina y miedo apenas contenido.

—Quema ese libro —dijo—. Quémalo hoy. Ahora. No importa lo que tu abuela escribió en esa carta, no importa el valor histórico que pueda tener. Hay cosas en este mundo que no deben existir, y ese libro es una de ellas.

—No puedo —respondió Agripina, y mientras lo decía se dio cuenta de que era verdad, de que ya no podía deshacerse del libro aunque quisiera —. Siento que me llama. Que hay algo en esas páginas que necesito comprender.

—Entonces que Dios te ayude —dijo Laura—. Porque yo no puedo.

Se fue dejando a Agripina sola en la casona que de pronto parecía más grande y más vacía de lo que había parecido nunca. Agripina volvió al estudio donde el Libro de las Sentencias seguía descansando sobre el escritorio, y lo abrió en una página al azar. Sus ojos cayeron sobre la sentencia número sesenta y seis: "El que busca comprender lo prohibido debe primero comprender que el conocimiento es una forma de posesión, y lo que posees también te posee a ti".

Afuera el chipi chipi había regresado otra vez, persistente e interminable, como si Xalapa misma estuviera llorando por lo que estaba a punto de suceder.

CAPÍTULO 4

LA TENTACIÓN DE LO PROHIBIDO

Sola otra vez en la casona que ahora le parecía demasiado grande y demasiado silenciosa, Agripina Lorenzana enfrentó durante tres días la bifurcación moral más clara de su vida: podía intentar deshacerse del libro como Laura le había rogado que hiciera, quemándolo o enterrándolo o llevándolo a algún lugar remoto donde nadie más lo encontrara, o podía seguir explorándolo, seguir probando sus sentencias, seguir adentrándose en ese territorio prohibido que cada vez le parecía menos aterrador y más tentador.

Durante esos tres días intentó mantenerse alejada del libro. Lo guardó en el arcón de cedro, cerró el arcón con llave, escondió la llave en un cajón de la cocina bajo los cubiertos que nunca usaba. Se dedicó a sus tareas rutinarias: preparar clases para la universidad, corregir exámenes de sus estudiantes, responder correos electrónicos que había estado ignorando durante semanas. Salió a caminar por el centro de Xalapa,

tomó café en el Café de la Parroquia, compró verduras en el mercado, intentó recuperar algo de normalidad en su vida que se había vuelto progresivamente menos normal desde que abrió aquel arcón en el desván.

Pero el libro la llamaba. No de forma literal, no con voces audibles que le susurraran su nombre, sino de una manera más sutil y más insidiosa: como una picazón constante en la parte posterior de su mente que no podía rascarse, como una pregunta que no podía dejar de formularse, como una puerta entreabierta por la cual se filtraba una luz que prometía respuestas a preguntas que ni siquiera sabía que tenía.

Durante el día podía resistir. Pero las noches eran otra cosa. Se acostaba en su cama y en lugar de dormir se quedaba con los ojos abiertos en la oscuridad pensando en las sentencias que había transcrito, preguntándose cuáles funcionarían y cuáles no, imaginando qué pasaría si probaba la número veintidós que prometía "visiones de lo que viene" o la número ochenta y uno que hablaba de "abrir los ojos de los ciegos a verdades que no pueden verse". Y mientras pensaba en estas cosas sentía algo que no había sentido en mucho tiempo, algo que había olvidado que podía sentirse: poder.

No el poder abstracto del conocimiento académico o del prestigio profesional, sino el poder concreto de quien puede cambiar las cosas, de quien puede manipular la realidad de acuerdo con su voluntad, de quien no tiene que aceptar pasivamente lo que el destino le da sino que puede tomar las riendas y dirigir su vida hacia donde quiere que vaya. Era una sensación embriagadora, peligrosa, adictiva.

Al tercer día cedió. Era inevitable que cediera, lo había sabido desde el principio aunque no había querido admitirlo. Bajó a la cocina a las diez de la noche, sacó la llave del cajón de los cubiertos, subió al desván donde había vuelto a esconder el arcón, lo abrió, sacó el libro. Lo llevó a su estudio y lo colocó sobre el escritorio bajo la luz amarilla de la lámpara de bronce que hacía que las páginas amarillentas parecieran aún más antiguas, más frágiles, más preciosas.

Esta vez no buscaba sentencias neutrales o inocuas para experimentos controlados. Esta vez buscaba sentencias que prometieran beneficios tangibles, resultados específicos que pudieran mejorar su vida de formas medibles. Pasó horas revisando las ciento cuarenta y cuatro sentencias con la atención de quien está estudiando un manual de instrucciones para una máquina complicada, evaluando cada una según sus necesidades inmediatas y sus deseos más secretos.

Encontró la sentencia número cincuenta y siete: "El nombre del enemigo escrito en papel y quemado con fuego de leña de higuera lo aleja sin retorno". La leyó tres veces, sintiendo que algo en su pecho se apretaba con cada lectura. Tenía una enemiga. Rebeca Salcedo. Colega del departamento de historia, profesora asociada como ella, mujer de unos

cuarenta años con ambiciones desproporcionadas a su talento y una capacidad extraordinaria para la intriga académica y el sabotaje profesional.

Rebeca le había robado ideas de proyectos de investigación presentándolas como propias ante el comité académico. Rebeca había bloqueado su última solicitud de promoción a profesora titular mediante una carta anónima al rector acusándola de plagio sin ninguna evidencia. Rebeca había convencido a dos de sus mejores estudiantes de posgrado de que cambiaran de asesora de tesis porque según ella Agripina no tenía el rigor académico necesario para dirigir investigaciones serias. Durante dos años Rebeca había hecho todo lo posible por arruinar su carrera, y lo había hecho con esa sonrisa dulce y esa voz suave que hacía imposible confrontarla directamente sin parecer paranoica o agresiva.

Una parte de Agripina, la parte racional y ética que había sido educada en los valores del humanismo ilustrado y la integridad moral, le decía que no debía hacer esto, que usar el libro para dañar a otra persona, aunque esa persona lo mereciera, era cruzar una línea de la cual no habría retorno. Pero otra parte de Agripina, una parte más oscura que había estado creciendo silenciosamente durante todos estos años de soportar injusticias sin poder defenderse, susurraba que esto no era daño sino justicia, que Rebeca había sembrado vientos y ahora cosecharía tempestades, que el universo tenía formas de balancear las cuentas y el libro era simplemente un instrumento de ese balance.

Al día siguiente, martes, fue al vivero municipal que estaba cerca del parque Los Berros y preguntó por leña de higuera. El encargado, un hombre mayor con manos de tierra y ojos amables, le dijo que justamente habían podado varias higueras la semana anterior y que la madera estaba secándose en el cobertizo trasero. Le vendió tres leños gruesos por un precio ridículamente bajo, sin preguntar para qué los quería, y Agripina los llevó a su casa envueltos en papel periódico como si fueran algo ilegal que debía mantenerse oculto.

Esa noche esperó hasta que la luna estuviera completamente visible en el cielo despejado de Xalapa, una luna llena que brillaba con ese resplandor lechoso que hace que las sombras sean más negras y los colores pierdan sus matices. Bajó al jardín trasero llevando los leños de higuera, un papel blanco de su impresora, y un bolígrafo negro. Se arrodilló sobre la tierra húmeda entre los helechos y las buganvilias, colocó los leños formando una pequeña pira, escribió el nombre de Rebeca Salcedo en el papel con letras grandes y claras que no dejaban lugar a ambigüedades.

Encendió los leños con un encendedor de cocina y los vio prender lentamente, chisporroteando porque la madera todavía no estaba completamente seca. Cuando las llamas estaban suficientemente altas colocó el papel sobre ellas y lo vio arder, vio cómo las letras del nombre

de Rebeca se retorcían y ennegrecían y desaparecían consumidas por el fuego que olía dulce, casi frutal, como deben oler las hogueras del infierno si el infierno fuera un lugar de tentaciones placenteras más que de tormentos evidentes.

Mientras el papel ardía Agripina sintió un vértigo extraño, una sensación de que algo la atravesaba, como si una corriente eléctrica hubiera pasado por su cuerpo de la cabeza a los pies dejándola ligeramente mareada y con un zumbido en los oídos. Sintió también, y esto era lo más perturbador, una satisfacción profunda y oscura, un placer casi físico en saber que estaba haciendo algo prohibido, algo poderoso, algo que cambiaría el curso de los acontecimientos de una forma que el simple esfuerzo humano nunca podría lograr.

La semana siguiente transcurrió con normalidad aparente. Agripina dio sus clases, asistió a reuniones departamentales, calificó ensayos de sus estudiantes. No vio a Rebeca, lo cual no era inusual porque sus horarios rara vez coincidían. Pero el viernes por la tarde recibió un correo electrónico masivo del director del departamento anunciando que la profesora Rebeca Salcedo había aceptado un puesto de profesora titular en la Universidad Autónoma de Nuevo León y que se mudaría a Monterrey de inmediato para incorporarse al inicio del siguiente semestre, es decir, en dos semanas.

Agripina leyó el correo tres veces sin poder creerlo. Rebeca llevaba años intentando conseguir una plaza de profesora titular en la Universidad Veracruzana sin éxito. Nunca había mencionado interés en mudarse a Monterrey. Nunca había aplicado a puestos en otras universidades, o al menos nunca lo había mencionado públicamente. Y ahora de pronto se iba, abandonando Xalapa, alejándose sin retorno exactamente como la sentencia había prometido.

Agripina sintió un alivio enorme, casi embriagador. Rebeca se iba. Ya no tendría que lidiar con sus intrigas, sus sabotajes, su presencia tóxica en el departamento. Pero junto con el alivio sintió también horror, un horror frío que le apretaba el estómago porque si la sentencia había funcionado, si realmente el fuego de la leña de higuera y el papel con el nombre habían causado este resultado, entonces ella acababa de usar el libro no para experimentos inocuos sino para manipular la vida de otra persona, para forzarla a abandonar su hogar y su trabajo y mudarse a una ciudad a mil kilómetros de distancia.

¿Había funcionado realmente? ¿O era coincidencia? ¿Acaso Rebeca había estado negociando este puesto en Monterrey durante meses y simplemente nunca lo había mencionado? Era posible. Todo era posible. Pero la coincidencia era demasiado perfecta, demasiado específica, demasiado alineada con el timing de la sentencia como para ser solo azar.

Y si había funcionado esta sentencia, entonces las otras también funcionarían. Agripina volvió al libro esa misma noche, buscando, explorando, descubriendo nuevas posibilidades. Encontró la sentencia número ochenta y nueve: "Siete monedas antiguas enterradas bajo la puerta de entrada atraen prosperidad inesperada". Su padre había sido coleccionista de monedas antiguas y le había dejado en herencia una caja con piezas de plata del siglo XIX, pesos mexicanos y reales españoles que nunca había sabido qué hacer con ellos. Ahora lo sabía.

Al día siguiente enterró siete monedas bajo el umbral de la puerta principal de la casona, cavando un hoyo pequeño con una pala de jardinería, colocándolas en círculo como la sentencia no especificaba pero como su intuición le dictaba que debía hacerse, cubriéndolas con tierra y pisoteando la superficie hasta que nadie pudiera notar que había sido removida recientemente.

Dos semanas después recibió una carta del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología notificándole que su solicitud de beca para un proyecto de investigación sobre sincretismos religiosos en el Veracruz colonial había sido aprobada. El monto era considerable, suficiente para financiar dos años de investigación sin tener que preocuparse por fondos adicionales. Lo extraño era que Agripina no recordaba haber enviado esa solicitud. Revisó sus archivos digitales y encontró el documento, fechado seis meses atrás, con su firma digitalizada y todos los formularios correctamente llenados. Aparentemente lo había solicitado y luego lo había olvidado completamente.

O tal vez no lo había solicitado. Tal vez el libro, o lo que fuera que operaba a través del libro, había creado retroactivamente la solicitud para que la prosperidad pudiera materializarse de una forma que pareciera normal, natural, explicable. Agripina no sabía cuál posibilidad era más aterradora.

Lo que sí sabía era que el libro estaba funcionando. Las sentencias eran reales. El poder era real. Y por primera vez en su vida sentía que tenía control sobre su destino, que no era víctima de las circunstancias o de las acciones de otras personas, que podía moldear la realidad de acuerdo con su voluntad.

Era una sensación embriagadora. Y como todas las drogas embriagadoras, lo que empezó como experimento curioso estaba convirtiéndose rápidamente en adicción.

Esa noche Agripina se quedó despierta hasta muy tarde leyendo y releyendo las ciento cuarenta y cuatro sentencias, marcando con lápiz aquellas que podría usar, imaginando cómo mejorar su vida poco a poco, paso a paso, sentencia por sentencia. El mundo se había vuelto maleable bajo sus dedos. Las reglas que gobernaban la realidad aparentemente podían doblarse, retorcerse, romperse si uno sabía las palabras correctas y estaba dispuesto a pronunciarlas.

Afuera el chipi chipi caía otra vez, persistente como siempre, pero Agripina ya no lo escuchaba. Estaba demasiado ocupada planeando su futuro, un futuro que ahora parecía brillante e ilimitado, lleno de posibilidades que antes le habían parecido imposibles.

No se dio cuenta, o tal vez no quiso darse cuenta, de que mientras planeaba ese futuro algo oscuro se estaba asentando en su alma, algo que crecía alimentándose de su voluntad, de sus deseos, de su creciente convicción de que merecía tener poder sobre el mundo porque el mundo nunca le había dado nada sin pelear por ello.

El libro descansaba abierto sobre su escritorio, y si alguien hubiera entrado al estudio en ese momento habría podido jurar que las letras en las páginas brillaban ligeramente con luz propia, como si estuvieran vivas, como si estuvieran satisfechas.

CAPÍTULO 5
DESCENSO Y ADICCIÓN

Los siguientes meses transformaron a Agripina Lorenzana de una forma que ella misma no percibió completamente hasta que fue demasiado tarde, con esa transformación gradual e insidiosa que caracteriza a todas las adicciones verdaderas, donde el cambio es tan lento y tan constante que cuando uno finalmente se da cuenta de lo lejos que ha caído ya no hay forma fácil de volver a subir. Se volvió sistemática en el uso del libro, metódica, casi científica en su aproximación, como si estuviera conduciendo un experimento de largo plazo cuyas variables debían ser cuidadosamente controladas y documentadas.

Comenzó a llevar un diario separado del libro mismo, un cuaderno de pasta dura con hojas cuadriculadas donde registraba cada sentencia que probaba, la fecha exacta en que la probaba, las condiciones bajo las cuales realizaba el ritual si es que había ritual involucrado, y los resultados observados con el mayor detalle posible. Anotaba también el tiempo que transcurría entre la ejecución de la sentencia y la manifestación de sus efectos, buscando patrones, correlaciones, regularidades que pudieran ayudarle a entender la lógica que gobernaba el funcionamiento del libro.

Descubrió con el tiempo que las sentencias no funcionaban todas de la misma manera ni con la misma velocidad. Algunas producían resultados inmediatos, en cuestión de horas o incluso minutos: la sentencia número doce que prometía "claridad de pensamiento cuando la mente está nublada" funcionaba casi instantáneamente si uno la pronunciaba en voz alta tres veces mientras sostenía una piedra de cuarzo blanco. Otras tardaban días o semanas en manifestarse, como si el universo necesitara tiempo para reorganizarse de tal forma que lo imposible se volviera posible sin que la realidad se quebrara completamente en el proceso.

Y algunas sentencias, unas pocas, parecían completamente inertes, sin producir ningún efecto observable sin importar cuántas veces las probara o bajo qué condiciones. Agripina no sabía si esto se debía a que las sentencias simplemente no funcionaban, o si funcionaban pero de maneras tan sutiles que ella no era capaz de percibir los cambios, o si requerían condiciones muy específicas que ella no había logrado replicar todavía. En su diario marcaba estas sentencias con un signo de interrogación y las dejaba para probarlas de nuevo más adelante.

Categorizó las ciento cuarenta y cuatro sentencias en cinco grupos principales según sus efectos observados o prometidos: sentencias de protección que servían para ahuyentar peligros o crear barreras contra influencias negativas, sentencias de atracción que traían cosas deseables como amor o dinero o éxito profesional, sentencias de alejamiento que removían obstáculos o enemigos del camino de uno, sentencias de conocimiento que otorgaban visiones o revelaciones o sueños verdaderos, y finalmente las sentencias oscuras, aquellas cuyos propósitos no estaban del todo claros pero cuyas palabras destilaban una malicia pura que las hacía perturbadoras incluso solo de leer.

Se mantuvo alejada de estas últimas. Por ahora. Había una sentencia, la número ciento treinta y tres, que decía: "La sangre del inocente derramada bajo la luna negra abre las puertas que nunca deben abrirse". Otra, la número ciento veintiuno, prometía: "El que come la carne de lo que nunca vivió verá lo que los vivos no pueden ver". No quería saber qué significaban estas sentencias, no quería descubrir qué pasaría si las probaba, no quería cruzar esa línea particular aunque había cruzado ya tantas otras.

Pero usaba el libro para casi todo lo demás. Cuando quería conseguir un libro agotado sobre sincretismos mesoamericanos que necesitaba para su investigación, usaba la sentencia número ciento uno: "Lo deseado con el corazón puro y nombrado en voz alta frente al agua corriente llega por caminos inesperados". Pronunciaba el título del libro frente al río Sedeño y una semana después lo encontraba en una librería de viejo a la que nunca había ido, ofrecido por un vendedor que acababa de recibirlo de una colección privada que estaba siendo liquidada.

Cuando su vecino del piso de arriba comenzó a hacer ruidos insoportables a todas horas con trabajos de remodelación que parecían no terminar nunca, usó la sentencia número cuarenta y cuatro: "La sal mezclada con ceniza y esparcida en el umbral ahuyenta la visita indeseada". Mezcló sal de grano con ceniza del jardín donde había quemado hojas secas, la esparció frente a la puerta de su vecino durante la madrugada cuando nadie la podía ver, y tres días después el vecino le informó que había decidido mudarse a un departamento más grande en otra colonia porque los trabajos de remodelación iban a tardar más de lo previsto.

Su vida se volvió más fácil, más fluida, como si las fricciones normales de la existencia cotidiana se hubieran suavizado y ahora todo fluyera en la dirección que ella quería sin resistencia significativa. Conseguía las plazas de estacionamiento perfectas justo cuando las necesitaba. Sus estudiantes más problemáticos dejaban de ser problemáticos o se cambiaban a otras secciones. Las oportunidades laborales que deseaba aparecían justo cuando las necesitaba. Era como vivir con viento de cola constante, como tener una ventaja invisible sobre el resto del mundo que no sabía que estas cosas eran posibles.

Pero su vida también se volvió más solitaria. Laura dejó de llamarla después del tercer o cuarto intento de convencerla por teléfono de que destruyera el libro, después de que Agripina le dijera con voz fría que Laura no entendía lo que el libro representaba, que era una herramienta de conocimiento y poder que sería criminal desperdiciar solo por miedo supersticioso. Otros amigos, las pocas personas con las que mantenía contacto social fuera de la universidad, fueron alejándose gradualmente porque Agripina ya no tenía tiempo para ellos, ya no tenía energía para mantener relaciones que no le daban ningún beneficio tangible, ya no veía el punto de cultivar amistades cuando el libro podía darle todo lo que necesitaba.

Pasaba las noches en su estudio, sentada frente al escritorio de caoba bajo la luz amarilla de la lámpara de bronce que su padre le había dejado, leyendo y releyendo las ciento cuarenta y cuatro sentencias como un monje medieval que copia y recopia las escrituras sagradas buscando significados ocultos en cada palabra, en cada letra, en cada espacio entre las palabras. Intentaba descifrar la lógica profunda que gobernaba el libro, la gramática secreta que determinaba por qué algunas sentencias funcionaban y otras no, el sistema de correspondencias que conectaba las palabras en las páginas con los acontecimientos en el mundo exterior.

Comenzó a tener visiones durante el día, o al menos eso es lo que ella las llamaba aunque sabía que tal vez no eran visiones sino síntomas de algo que estaba empezando a fallar en su cerebro o en su percepción de la realidad. Veía sombras que se movían en las esquinas de su campo visual, sombras que no correspondían a ningún objeto físico que las proyectara, que se deslizaban por las paredes de su casa como manchas de tinta oscura que se expandían y se contraían con voluntad propia. Escuchaba susurros en una lengua que no reconocía, voces que parecían venir de muy lejos y de muy cerca al mismo tiempo, que pronunciaban palabras que sonaban casi como palabras reales pero que al intentar enfocarse en ellas se disolvían en puro ruido.

Y tenía constantemente la sensación de ser observada por algo que no estaba ahí, por una presencia antigua y hambrienta que la seguía a todas partes, que la miraba mientras dormía, que se alimentaba de algo en ella aunque no sabía exactamente de qué. A veces, cuando se miraba

en el espejo, le parecía que su reflejo tardaba una fracción de segundo más de lo normal en replicar sus movimientos, como si el reflejo tuviera una voluntad ligeramente independiente de la suya propia y estuviera considerando si obedecerla o no.

Sus colegas en la universidad comenzaron a notar cambios en ella. Le preguntaban si se sentía bien, si estaba durmiendo lo suficiente, si necesitaba tomarse unos días de descanso. Agripina les aseguraba que estaba perfectamente, mejor que nunca en realidad, completamente enfocada en su investigación que estaba produciendo resultados extraordinarios. Y era cierto, en cierto sentido: su productividad académica había aumentado de forma espectacular. Estaba escribiendo artículos a un ritmo que nunca antes había logrado mantener, estaba descubriendo conexiones entre textos coloniales que nadie más había notado, estaba desarrollando teorías sobre la transmisión de conocimiento esotérico en la Nueva España que eran brillantes y originales.

Pero también era cierto que algo en ella estaba cambiando de formas que no podía articular completamente, que su personalidad se estaba endureciendo en los bordes, que estaba perdiendo la capacidad de sentir empatía por los problemas de otras personas porque esos problemas le parecían triviales comparados con lo que ella estaba descubriendo, con el poder que estaba aprendiendo a manejar, con las verdades que el libro le estaba revelando.

Una noche, tarde, mientras leía el libro por enésima vez buscando alguna sentencia que todavía no hubiera probado, el volumen cayó abierto en una página que no recordaba haber visto antes aunque sabía que debía haberla visto porque había leído el libro completo docenas de veces. Era la sentencia número ciento ocho, y decía: "Quien usa el libro sin entenderlo alimenta con su voluntad lo que el libro contiene".

Agripina sintió un escalofrío que le recorrió la columna vertebral de arriba a abajo, dejándole la piel de gallina en los brazos y la nuca. Leyó la sentencia otra vez, despacio, prestando atención a cada palabra. "Quien usa el libro sin entenderlo alimenta con su voluntad lo que el libro contiene". ¿Qué contenía el libro? ¿Y con qué exactamente lo estaba alimentando ella?

Hasta ahora había asumido que el libro era simplemente un instrumento, una herramienta neutra que podía ser usada para bien o para mal dependiendo de las intenciones de quien lo usara, como un cuchillo que puede servir para cortar pan o para apuñalar a alguien. Pero esta sentencia sugería algo diferente, algo mucho más perturbador: que el libro no era un instrumento pasivo sino una entidad activa, que contenía algo, que ese algo necesitaba ser alimentado, y que el acto de usar las sentencias sin comprenderlas realmente era el mecanismo mediante el cual esa alimentación ocurría.

¿Qué era lo que el libro contenía? ¿Una conciencia? ¿Un espíritu? ¿Algún tipo de entidad que había sido atrapada en sus páginas por los monjes de Neamț y que ahora esperaba pacientemente a que alguien como ella la liberara mediante el uso repetido de las sentencias? La idea era absurda, producto de una imaginación sobre estimulada por meses de leer textos esotéricos y probar rituales mágicos. Pero también era una idea que no podía descartar completamente porque había visto demasiadas cosas que desafiaban las explicaciones racionales, porque el relicario había aparecido y el mensaje había sido escrito en la pared y las piedras del río se habían calentado hasta quemar la tela.

Se levantó de su silla y comenzó a caminar de un lado a otro del estudio, tratando de pensar con claridad, tratando de evaluar su situación con la objetividad que había perdido gradualmente durante estos meses de inmersión en el libro. Había usado cuarenta y siete sentencias hasta ahora, según su diario. Cuarenta y siete de ciento cuarenta y cuatro. Casi un tercio del total. ¿Qué pasaría cuando las usara todas? ¿Qué pasaría cuando llegara a la última sentencia, la número ciento cuarenta y cuatro, que según el capitulado que había encontrado en internet decía algo sobre completar el círculo y cerrar o abrir puertas para siempre?

Y más importante, ¿podía detenerse? ¿Podía simplemente cerrar el libro ahora, guardarlo, nunca volver a abrirlo? Lo dudaba. La adicción ya estaba demasiado arraigada. El poder ya había sido probado y era imposible renunciar a él voluntariamente una vez que sabías que existía. Era como pedirle a alguien que había aprendido a volar que volviera a caminar por el suelo para siempre. Era como pedirle a alguien que había visto el futuro que volviera a vivir solo en el presente. Era imposible.

Volvió al escritorio y abrió su diario en una página en blanco. Escribió en la parte superior: "¿Qué es lo que el libro contiene?" Y debajo, con letra más pequeña: "¿Qué parte de mí estoy perdiendo cada vez que uso una sentencia?" Y debajo de eso, con letra todavía más pequeña que apenas era legible: "¿Puedo detenerme? ¿Quiero detenerme?"

No tenía respuestas para ninguna de estas preguntas. Pero sabía que si seguía usando el libro eventualmente las descubriría, para bien o para mal.

Afuera el chipi chipi caía con su persistencia característica, lavando las calles de Xalapa sin limpiar nada realmente, y Agripina se quedó sentada en su estudio hasta que amaneció, mirando el libro que descansaba abierto en la sentencia ciento ocho, preguntándose si todavía era dueña de su propia voluntad o si ya la había entregado completamente a lo que el libro contenía.

CAPÍTULO 6
EL PRECIO OCULTO

Los cambios comenzaron de forma tan sutil que al principio Agripina los descartó como simples síntomas de cansancio, de haber estado trabajando demasiado, de pasar demasiadas noches sin dormir lo suficiente mientras estudiaba el libro. Empezó con pequeños olvidos: no recordaba si había cerrado con llave la puerta principal al salir de la casa, no recordaba el nombre de un estudiante al que conocía desde hacía dos semestres, no recordaba qué había desayunado esa mañana aunque no habían pasado más que unas horas. Eran lapsus menores del tipo que le pasan a todo el mundo de vez en cuando, nada alarmante, nada que sugiriera que algo grave estuviera sucediendo.

Pero luego los olvidos se volvieron más serios, más frecuentes, más perturbadores. Olvidaba fechas importantes como juntas departamentales a las que debía asistir, olvidaba compromisos que había hecho con colegas, olvidaba conversaciones completas que aparentemente había tenido el día anterior pero de las cuales no conservaba ningún recuerdo. Sus estudiantes empezaron a quejarse de que les daba información contradictoria sobre las fechas de entrega de trabajos, de que cambiaba los requisitos de los ensayos sin avisar, de que parecía no recordar discusiones que habían tenido en clase apenas una semana antes.

Y luego comenzaron las lagunas de memoria de horas enteras, bloques completos de tiempo que simplemente desaparecían de su conciencia como si nunca hubieran existido. Se descubría a sí misma en lugares sin recordar cómo había llegado ahí, sin tener idea de qué había estado haciendo durante las últimas dos o tres horas. Una tarde estaba en la cocina de su casona preparando café, mirando el agua hervir en la cafetera de peltre que había sido de su madre, y parpadeó, y de pronto estaba en el jardín trasero, descalza bajo la lluvia del chipi chipi, con las manos hundidas en la tierra húmeda entre los helechos, con tierra negra bajo las uñas, con la ropa empapada pegándose a su cuerpo, sin ninguna idea de qué había estado haciendo ahí ni cuánto tiempo había transcurrido.

Volvió adentro temblando de frío y de miedo, se cambió de ropa, intentó reconstruir lo que había pasado pero no pudo. Había un vacío en su memoria, un hueco negro que no podía llenar por más que se esforzara. Revisó el reloj: habían pasado casi tres horas desde que estaba preparando café. Tres horas de las cuales no tenía ningún recuerdo, como si alguien hubiera borrado esa sección de la grabación de su vida.

Esa noche, después de calmarse lo suficiente como para pensar con cierta claridad, abrió el diario donde había estado registrando sus experimentos con el libro y descubrió algo que le heló la sangre: había entradas recientes que no recordaba haber escrito. La caligrafía era suya, reconocía sus propios trazos característicos, la forma en que hacía las efes con un lazo largo en la parte inferior, la manera en que las emes tenían tres picos en lugar de dos. Pero el contenido de esas entradas era

extraño, desconectado, como si hubiera sido escrito por alguien que estaba perdiendo progresivamente el contacto con la realidad.

Una entrada fechada tres días atrás decía: "Probé la sentencia 94 para ver si podía encontrar objetos perdidos. Funcionó pero el objeto que encontré no era el que estaba buscando. Era otra cosa. Algo que no debía encontrarse. No puedo escribir qué era porque si lo escribo se vuelve más real". Agripina no recordaba haber escrito eso, no recordaba haber probado la sentencia noventa y cuatro, no sabía a qué objeto se refería.

Otra entrada, de dos días atrás, decía: "Las sombras me siguen ahora incluso cuando no hay luz. No son mis sombras. Son de otra persona o de otra cosa. Intenté preguntarles qué quieren pero no responden con palabras que pueda entender". La caligrafía de esta entrada era más errática, con letras que se torcían hacia arriba al final de cada palabra como si la mano que las escribía estuviera temblando.

Y la última entrada, fechada el día anterior, apenas era legible: "Ya no sé qué parte de lo que hago es mía y qué parte es del libro. Ya no sé si soy yo quien usa el libro o si el libro me está usando a mí. Ya no sé si estoy despierta o si todo esto es un sueño del cual no puedo despertar".

Agripina cerró el diario con manos temblorosas y decidió que necesitaba ayuda profesional. Al día siguiente pidió una cita con un médico general en el Hospital Civil de Xalapa, un hombre de mediana edad con lentes gruesos y modales tranquilizadores que la escuchó mientras ella le contaba sobre los olvidos, sobre las lagunas de memoria, sobre la sensación de estar perdiendo el control de su propia mente. No le mencionó el libro, no le mencionó las sentencias, no le mencionó nada que pudiera hacer que el doctor pensara que estaba loca en lugar de enferma.

El doctor le hizo una serie de preguntas estándar sobre su historial médico, sobre si había sufrido golpes en la cabeza recientemente, sobre si consumía alcohol o drogas, sobre si había antecedentes familiares de demencia o Alzheimer. Luego le ordenó una batería de exámenes: análisis de sangre completo, resonancia magnética cerebral, electroencefalograma. Los resultados llegaron una semana después y mostraban que todo estaba perfectamente normal. No había tumores, no había lesiones, no había evidencia de ninguna patología neurológica que pudiera explicar sus síntomas.

—Probablemente es estrés —le dijo el doctor cuando volvió para discutir los resultados—. Estrés crónico puede causar problemas de memoria, dificultad para concentrarse, episodios disociativos. ¿Ha estado trabajando mucho últimamente? ¿Durmiendo poco?

—Sí —admitió Agripina, porque era cierto aunque no era toda la verdad.

—Le voy a recetar un ansiolítico suave —dijo el doctor mientras escribía en su recetario—. Tómelo dos veces al día durante un mes y veamos si

mejora. Si los síntomas persisten, la refiero con un psiquiatra que pueda hacer una evaluación más profunda.

Agripina tomó la receta, la guardó en su bolsa, salió del hospital sabiendo que nunca llenaría esa receta, sabiendo que los ansiolíticos no iban a resolver el problema porque el problema no era médico sino metafísico, no estaba en su cerebro sino en su alma, no era una enfermedad sino una maldición o un pacto o algún tipo de posesión gradual que estaba sucediendo desde que comenzó a usar el libro.

Volvió a su casona decidida a encontrar respuestas en el mismo lugar donde habían comenzado los problemas. Subió a su estudio, cerró la puerta con llave, sacó el Libro de las Sentencias del cajón donde lo guardaba cuando no lo estaba usando, y comenzó a buscar alguna sentencia que pudiera darle claridad sobre lo que le estaba sucediendo, alguna pista sobre cómo detener el proceso antes de que fuera demasiado tarde.

Encontró la sentencia número setenta y siete: "El espejo que mira al libro refleja la verdad del que lee". Era una sentencia que había visto antes pero que nunca había probado porque no estaba segura de qué significaba exactamente. Ahora le parecía que valía la pena intentarlo. Necesitaba ver la verdad, fuera cual fuera esa verdad, aunque le doliera.

Bajó a la sala y descolgó de la pared un espejo antiguo con marco de madera tallada que había pertenecido a su abuela Celedonia, un espejo lo suficientemente grande como para reflejar a una persona completa, con el azogue ligeramente empañado por el paso de los años. Lo subió con dificultad hasta el estudio, lo colocó frente a su escritorio de forma que pudiera ver tanto el libro como su propio reflejo al mismo tiempo, y abrió el volumen en una página al azar.

Se sentó frente al espejo, mirándose a sí misma mientras sostenía el libro abierto en su regazo. Al principio no vio nada fuera de lo normal: solo su propia imagen reflejada, una mujer de treinta y tantos años con ojeras profundas y cabello que necesitaba lavarse, con expresión de agotamiento y preocupación. Pero luego, mientras seguía mirando fijamente su reflejo, comenzó a notar algo extraño.

Sus ojos en el espejo estaban cambiando. El blanco de los ojos se estaba oscureciendo gradualmente, volviéndose primero gris y luego negro, hasta que sus ojos se convirtieron en dos pozos de oscuridad completa sin pupila ni iris visibles. Y su reflejo estaba sonriendo, una sonrisa amplia y terrible que ella no estaba haciendo con su propia boca, una sonrisa que mostraba demasiados dientes.

Agripina intentó apartar la mirada pero no pudo. Estaba paralizada, congelada en su silla, mientras su reflejo seguía sonriendo con esa sonrisa que no era humana. Y luego el reflejo comenzó a mover los labios, hablando sin sonido al principio, luego con una voz que parecía

venir de muy lejos, una voz que era la suya propia pero distorsionada, como si hubiera sido grabada y reproducida al revés:

—Ya casi eres nuestra. Ya casi no queda nada de ti que no seamos nosotras. Pronto serás solo un recipiente vacío que llenaremos completamente.

El horror que Agripina sintió en ese momento fue tan intenso que logró romper la parálisis. Se levantó de un salto, agarró el espejo con ambas manos y lo aventó contra el suelo con todas sus fuerzas. El espejo se estrelló contra las baldosas de cerámica y se hizo añicos, fragmentos de vidrio y astillas de marco de madera dispersándose por todo el estudio como metralla de una explosión.

Se quedó de pie entre los fragmentos, respirando con dificultad, sintiendo que el corazón le latía tan fuerte que le dolía físicamente el pecho. Se miró las manos y vio que estaban temblando de forma incontrolable. Necesitaba sentarse antes de que las piernas dejaran de sostenerla pero tenía miedo de cortarse con los vidrios que cubrían el suelo.

Logró llegar hasta su cama, se acostó completamente vestida, cerró los ojos intentando calmar su respiración. Eventualmente se durmió, o perdió la conciencia, o algo intermedio entre ambas cosas.

Despertó en plena madrugada con una sensación de humedad pegajosa en las manos. Encendió la luz de la mesa de noche y descubrió con horror que sus manos estaban cubiertas de sangre. Se levantó de un salto, fue al baño corriendo, abrió la llave del lavabo y comenzó a lavarse las manos frenéticamente, viendo cómo el agua se teñía de rojo mientras la sangre se escurría por el desagüe.

No tenía heridas en las manos. La sangre no era suya. ¿De dónde había salido entonces? Volvió a su habitación, encendió la luz principal, y vio con un horror que le robó el aliento lo que había en las paredes.

Alguien había escrito en las cuatro paredes de su habitación, con sangre, la misma sentencia repetida docenas de veces en diferentes tamaños: "La sangre derramada voluntariamente sella el pacto entre el escriba y lo escrito". Era la sentencia número ciento veintitrés, una de las sentencias oscuras que ella había jurado nunca probar.

Pero alguien la había probado. Alguien había escrito esas palabras en las paredes usando sangre como tinta. Y ese alguien había sido ella misma durante una de sus lagunas de memoria, durante uno de esos períodos en los cuales no tenía control de su cuerpo, en los cuales algo más estaba operando a través de ella.

Agripina se dejó caer al suelo, sentándose entre los fragmentos del espejo que todavía estaban esparcidos por todas partes, y comenzó a llorar con una desesperación que no había sentido nunca antes en su vida. Lloró por todo lo que había perdido sin darse cuenta, por todo lo

que estaba perdiendo gradualmente, por la persona que había sido antes de encontrar el libro y que tal vez nunca volvería a ser.

Cuando finalmente dejó de llorar y pudo pensar con algo de claridad otra vez, supo con absoluta certeza dos cosas: primera, que debía detener esto como fuera, que debía encontrar la forma de liberarse del libro antes de que lo que estaba dentro de él terminara de poseerla completamente. Y segunda, que no podía hacerlo sola, que necesitaba ayuda, que necesitaba a alguien que entendiera de estas cosas sin pensar que estaba loca.

Y sabía exactamente a quién acudir, aunque no lo había visto en años, aunque tal vez ya estuviera muerto porque era muy viejo cuando su abuela Celedonia lo consultaba: don Jacinto, el curandero y rezandero de Xico, la tierra de los brujos, que conocía secretos que la gente como Laura, con toda su educación académica, nunca podría comprender.

Afuera el chipi chipi caía otra vez, implacable como siempre, y Agripina se quedó sentada en el suelo de su habitación hasta que amaneció, rodeada de sangre seca en las paredes y fragmentos de espejo a sus pies, sabiendo que había llegado finalmente al punto sin retorno.

CAPÍTULO 7
BÚSQUEDA DE SALVACIÓN

Agripina Lorenzana salió de Xalapa al amanecer del día siguiente conduciendo su viejo Tsuru blanco por la carretera que llevaba a Xico, manejando con cuidado por caminos que se volvían progresivamente más estrechos y más sinuosos conforme se alejaba de la ciudad y se adentraba en las zonas cafetaleras donde el paisaje era todo montañas cubiertas de vegetación tan verde que dolía mirarla bajo el sol de la mañana. No podía acudir a Laura, quien después de la experiencia con las piedras del río la había abandonado con una mezcla de miedo y decepción que Agripina entendía pero no podía permitirse el lujo de lamentar ahora. Necesitaba a alguien que entendiera de lo sobrenatural sin juzgarla, alguien que hubiera visto estas cosas antes y supiera qué hacer con ellas, alguien cuya fe fuera más fuerte que su escepticismo.

Recordaba vagamente a don Jacinto de su infancia, de aquellas ocasiones en las cuales su abuela Celedonia la llevaba a visitarlo cuando tenía algún mal de ojo o alguna mala racha que necesitaba ser limpiada. Recordaba una choza pequeña en las afueras de Xico, rodeada de cafetales y plátanos, con paredes de adobe y techo de tejas rojas, con un jardín donde crecían hierbas medicinales que don Jacinto cultivaba él mismo para sus trabajos de curación. Recordaba un hombre ya viejo entonces, que debía tener ahora más de ochenta años si es que todavía vivía, con manos callosas de trabajar la tierra y ojos que parecían ver más allá de lo que los ojos normales podían ver.

Encontró la choza después de preguntar en el pueblo, después de que varios campesinos le dieran indicaciones contradictorias y uno le dijera que don Jacinto había muerto hacía años y otro le dijera que no, que todavía vivía pero que ya no recibía visitas porque estaba muy enfermo. Finalmente una mujer mayor que vendía pan en el mercado le dio las indicaciones correctas: tomar el camino de terracería que salía detrás de la iglesia, seguir por tres kilómetros hasta pasar el río, luego girar a la izquierda donde había un árbol de aguacate con el tronco partido por un rayo, y ahí estaba la choza de don Jacinto rodeada de su jardín de hierbas.

La choza estaba tal como la recordaba aunque más deteriorada por el tiempo, con las paredes de adobe necesitando una mano de pintura nueva, con el techo mostrando algunas tejas rotas que dejaban filtrar la lluvia. El jardín sin embargo estaba impecablemente cuidado, lleno de plantas que Agripina reconoció vagamente de sus estudios de etnobotánica: ruda y albahaca y romero y otras hierbas que se usaban en limpias y rituales de protección. Había también docenas de veladoras encendidas bajo un pequeño cobertizo, formando un altar improvisado frente a imágenes de santos católicos mezcladas con símbolos que no eran del todo católicos, cruces invertidas y manos de Fátima y ojos turcos que vigilaban en todas direcciones.

Don Jacinto estaba sentado en una silla de madera frente a su choza, tan viejo que parecía hecho del mismo material que los árboles que lo rodeaban, con piel como corteza oscura y arrugada, con barba blanca que le llegaba hasta el pecho, con ojos de una claridad perturbadora que contrastaba con la opacidad que el tiempo suele traer a los ojos de los muy ancianos. Estaba fumando un cigarro de hoja que había liado él mismo, dejando escapar volutas de humo azul que ascendían lentamente en el aire quieto de la mañana.

Cuando Agripina se acercó caminando por el sendero de tierra que llevaba a la choza, don Jacinto levantó la vista y la miró con esos ojos claros que parecían taladrarla, y antes de que ella pudiera decir nada, antes de que pudiera presentarse o explicar por qué había venido, el viejo habló con una voz que sonaba como grava rodando en un río seco:

—Traes encima el peso de muchos muertos, niña. Y no son muertos en paz. Son muertos que murieron mal y que no han terminado de morir todavía.

Agripina se detuvo a medio camino, sintiendo que las piernas le flaqueaban. Había esperado tener que explicar, tener que convencerlo de que escuchara su historia, pero aparentemente don Jacinto ya sabía o al menos intuía algo de lo que estaba sucediendo.

—Necesito su ayuda, don Jacinto —dijo con voz que intentaba ser firme pero que temblaba en los bordes—. Soy la nieta de Celedonia Ortigoza. Usted la conoció.

—Claro que la conocí —respondió el viejo sin apartar sus ojos de ella—. Buena mujer. Cargaba un secreto muy pesado. Se lo llevó a la tumba creyendo que así lo enterraría para siempre. Pero los secretos como ese no se entierran tan fácil. Pasa, niña. Siéntate. Cuéntame qué es lo que te tiene tan asustada que vienes a buscar a un viejo como yo.

Agripina entró a la choza que olía a hierbas secas y a humo de copal, se sentó en una silla que don Jacinto le ofreció, y comenzó a contarle todo. Le contó sobre el arcón de cedro en el desván, sobre el Libro de las Sentencias que había encontrado adentro, sobre la carta de su abuela advirtiéndole que no abriera lo que no podía cerrar. Le contó sobre las primeras sentencias que había probado casi como experimento, sobre el relicario que apareció y el mensaje escrito en la pared con sombras. Le contó sobre Laura y el sueño compartido del monasterio, sobre las piedras del río que ardieron hasta quemar la tela.

Y luego le contó sobre la adicción que había desarrollado, sobre cómo había comenzado a usar el libro para todo, sobre Rebeca que se fue a Monterrey y la beca que apareció de la nada. Le contó sobre las lagunas de memoria cada vez más frecuentes, sobre las entradas en su diario que no recordaba haber escrito, sobre el reflejo en el espejo con ojos negros que le dijo que ya casi era de ellas. Le contó sobre despertar con las manos ensangrentadas y encontrar las paredes de su habitación cubiertas con la sentencia ciento veintitrés escrita en sangre.

Mientras hablaba don Jacinto escuchaba sin interrumpir, fumando su cigarro de hoja, haciendo la señal de la cruz repetidamente cada vez que Agripina mencionaba algún detalle particularmente perturbador. Cuando ella terminó de hablar hubo un silencio largo que solo se llenaba con los sonidos del campo: el canto de los pájaros, el rumor del viento entre los cafetales, el goteo de agua de un grifo que no cerraba bien en algún lugar detrás de la choza.

Finalmente don Jacinto suspiró profundamente, como si estuviera exhalando algo que había estado conteniendo durante mucho tiempo, y dijo:

—Ese libro que describes es lo que los antiguos llamaban un Códice de Pactos. No son muchos los que quedan en el mundo, gracias a Dios, porque la mayoría fueron destruidos por la Inquisición o perdidos cuando cayeron en manos de gente que no sabía lo que tenía y lo quemaron por miedo. Son libros escritos por hombres que negociaron con entidades que no son de este mundo, entidades que existían antes de que existiera el mundo tal como lo conocemos y que existirán después de que el mundo termine.

—¿Qué tipo de entidades? —preguntó Agripina con voz apenas audible.

—Nadie sabe exactamente qué son —respondió don Jacinto—. Los llaman por muchos nombres en muchas tradiciones. Algunos los llaman demonios. Otros los llaman ángeles caídos. Otros dicen que son

fragmentos de Dios mismo que se separaron de la totalidad y quedaron atrapados en el tiempo. Lo que importa no es qué son sino qué hacen: negocian. Cada sentencia en ese libro es un trato, un contrato. Al usarlas, tú te vuelves parte del contrato. Y ellos, lo que sea que sean, toman de ti lo que les debes.

—¿Qué les debo? —preguntó Agripina sintiendo que el pánico comenzaba a apretarle el pecho.

—Tu voluntad, niña. Tu libre albedrío. Eso es lo único que tenemos los humanos que ellos no tienen, lo único que nos hace diferentes de ellas. Cada vez que usas una sentencia entregas un pedacito de tu voluntad. Al principio es tan poco que no lo notas. Pero con el tiempo, después de usar muchas sentencias, ya no queda nada de ti que sea realmente tuyo. Te conviertes en un recipiente vacío que ellas pueden llenar con lo que quieran.

Agripina sintió que las lágrimas comenzaban a rodarle por las mejillas aunque no recordaba haber comenzado a llorar.

—¿Cómo me libero? —preguntó—. ¿Hay alguna forma de romper el contrato?

Don Jacinto la miró con esos ojos que parecían ver directamente a través de ella, y respondió con voz que sonaba infinitamente cansada:

—Hay solo dos caminos. El primero es cumplir completamente el pacto. Usar todas las sentencias, las ciento cuarenta y cuatro, hasta la última. Cuando lo hagas te convertirás en algo que ya no es humano, algo que puede quedarse en este mundo pero que no pertenece a él. Serás una de ellas, o al menos serás su sierva para siempre.

—¿Y el segundo camino? —preguntó Agripina aunque parte de ella no quería saber la respuesta.

—El segundo camino es romper el pacto mediante un acto de renuncia total. Tienes que devolver todo lo que el libro te dio. Todo. No solo las cosas materiales como la beca o la posición de tu enemiga, sino también el conocimiento que obtuviste, el poder que sentiste, la sensación de control sobre tu destino. Todo tiene que ser devuelto. Y luego tienes que entregar el libro al lugar donde pertenece, al lugar donde fue creado.

—¿Dónde fue creado?

Don Jacinto cerró los ojos, juntó las manos frente a su pecho como si estuviera rezando, y permaneció así durante varios minutos. Agripina podía ver que sus labios se movían sin emitir sonido, pronunciando palabras en una lengua que ella no reconocía. Finalmente abrió los ojos y dijo:

—El libro debe volver al monasterio de Neamț, en Moldavia, Rumania. Fue ahí donde lo escribieron los monjes hace siglos, copiando textos que nunca debieron ser copiados, traduciendo palabras que nunca debieron ser traducidas. Solo ahí puede ser encerrado nuevamente en el silencio

que lo contenía. Solo ahí los monjes que todavía guardan esos secretos pueden devolverlo a la oscuridad de donde nunca debió salir.

—¿Y si lo hago? —preguntó Agripina—. ¿Si devuelvo todo y llevo el libro a Moldavia, estaré libre?

—Si lo haces a tiempo, sí. Pero tienes que hacerlo pronto, niña. Muy pronto. Porque el libro ya está casi terminado contigo. Ya casi no queda suficiente de ti misma como para tomar la decisión de renunciar. Si esperas demasiado, si usas aunque sea una sentencia más, si te rindes ante la tentación aunque sea una vez más, entonces ya no habrá salvación posible. El libro terminará de escribirte a ti, y cuando eso suceda ya no serás tú quien decide nada.

Don Jacinto se levantó de su silla con movimientos lentos de quien tiene los huesos muy viejos y muy cansados, entró a la choza y regresó con una bolsita de tela que contenía algo que sonaba como semillas o piedras pequeñas.

—Toma esto —dijo entregándole la bolsita a Agripina—. Es sal bendecida mezclada con ceniza de ramas de olivo quemadas el Miércoles de Ceniza. Esparce un círculo de esto alrededor de tu cama cada noche. No detendrá lo que está sucediendo pero lo hará más lento, te dará un poco más de tiempo. Y toma también esto.

Le entregó una pequeña botella de vidrio que contenía lo que parecía agua.

—Es agua bendita de siete iglesias diferentes. Cuando sientas que estás perdiendo el control, cuando sientas que algo más está tomando posesión de tu cuerpo, bebe un trago de esto y reza. Cualquier oración que sepas, no importa cuál. Las palabras sagradas tienen poder contra estas cosas, aunque no tanto poder como quisiéramos.

Agripina tomó la bolsita y la botella con manos temblorosas, guardándolas en su bolso como si fueran las cosas más preciosas del mundo.

—Gracias, don Jacinto. ¿Cuánto le debo?

El viejo sonrió mostrando dientes amarillos y desparejos.

—No me debes nada, niña. Tu abuela me ayudó muchas veces cuando yo lo necesitaba. Esto es lo que puedo hacer por su memoria. Pero vete ya. Vete y haz lo que tienes que hacer. No pierdas más tiempo. El tiempo es lo único que no puedes comprar con ninguna sentencia de ningún libro.

Agripina se levantó para irse pero en la puerta se detuvo y se volvió hacia don Jacinto.

—¿Usted cree que pueda lograrlo? ¿Cree que pueda ser lo suficientemente fuerte como para renunciar a todo?

Don Jacinto la miró con ojos que habían visto demasiadas cosas, buenos y malas, y respondió:

—No sé si puedas, niña. Pero sé que tienes que intentarlo. Porque la alternativa es peor que la muerte. Es peor que cualquier cosa que puedas imaginar.

Agripina condujo de regreso a Xalapa mientras el sol subía en el cielo, iluminando los cafetales con esa luz dorada que hace que todo parezca hermoso aunque esté podrido por dentro. Sabía lo que tenía que hacer ahora. Sabía que el camino sería difícil, tal vez imposible. Pero al menos tenía un camino, una dirección, una esperanza pequeña y frágil de que tal vez, solo tal vez, pudiera salvarse antes de que fuera demasiado tarde.

Afuera el chipi chipi había cesado temporalmente, dejando las calles mojadas brillando bajo el sol, y por primera vez en meses Agripina sintió algo que había olvidado que podía sentirse: esperanza.

CAPÍTULO 8

RENUNCIAS Y PÉRDIDAS

Agripina Lorenzana tomó la decisión más difícil de su vida el mismo día que regresó de ver a don Jacinto en Xico, sentada en su estudio frente al escritorio de caoba donde tantas veces había abierto el Libro de las Sentencias buscando poder y conocimiento, donde ahora lo único que buscaba era la forma de deshacerse de ese poder antes de que la destruyera completamente. Devolvería todo lo que el libro le había dado. Todo. Sin importar cuánto doliera, sin importar cuánto tuviera que sacrificar, sin importar si al final quedaba con menos de lo que tenía antes de encontrar el arcón de cedro en el desván de su abuela.

Comenzó por lo más tangible, por aquello que podía medir y cuantificar y renunciar mediante actos administrativos claros y definitivos. Abrió su computadora, entró al portal del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, y escribió un correo formal renunciando a la beca de investigación que había sido aprobada meses atrás. No dio explicaciones elaboradas, no inventó excusas sobre cambios en sus prioridades académicas o compromisos familiares inesperados. Simplemente escribió: "Por la presente renuncio a la beca número CNT-2024-7845 aprobada a mi nombre. Solicito que los fondos sean reasignados a otro investigador que pueda hacer mejor uso de ellos".

El dinero que ya había recibido, el primer desembolso que había llegado a su cuenta bancaria hacía tres semanas, lo transfirió íntegramente a una fundación de caridad que ayudaba a niños con cáncer. Eran ciento veinte mil pesos que hubieran financiado dos años de investigación cómoda sin preocupaciones económicas. Los donó todos en una sola transacción que dejó su cuenta bancaria casi vacía, con apenas lo

suficiente para pagar la renta y los servicios básicos durante un mes más.

Luego abordó las cosas más sutiles, aquellas que no podían devolverse mediante transferencias bancarias o correos electrónicos oficiales. El libro agotado sobre sincretismos mesoamericanos que había conseguido usando la sentencia ciento uno, ese volumen raro de los años cincuenta que valía una pequeña fortuna entre coleccionistas, lo envolvió en papel periódico y lo dejó sobre un banco en el parque Juárez con una nota que decía: "Para quien lo necesite". Se alejó sin mirar atrás aunque le dolía desprenderse de ese libro que había sido tan útil para su investigación.

Los pequeños favores que había obtenido del libro, las conveniencias cotidianas que habían hecho su vida más fácil, intentó deshacerlos uno por uno aunque no siempre era claro cómo hacerlo. ¿Cómo devolvías una plaza de estacionamiento perfecta que habías conseguido justo cuando la necesitabas? ¿Cómo deshacías el hecho de que un estudiante problemático hubiera dejado de ser problemático? Hizo lo que pudo: dejó de usar las plazas de estacionamiento convenientes y comenzó a caminar más, aceptó de vuelta a estudiantes que había alejado mediante sugerencias sutiles de que tal vez estarían mejor en otras secciones.

Intentó deshacer el alejamiento de Rebeca Salcedo, la colega que se había ido a Monterrey después de que Agripina quemara su nombre escrito en papel con fuego de leña de higuera. Le escribió correos electrónicos disculpándose por conflictos pasados, pidiéndole que considerara regresar a Xalapa, ofreciéndole ayuda para encontrar una posición mejor en la Universidad Veracruzana. Pero Rebeca no respondía los mensajes, o respondía con frialdad educada diciendo que estaba muy feliz en Monterrey y que no tenía planes de regresar. Agripina comprendió con una punzada de culpa que algunas cosas simplemente no podían deshacerse, que había consecuencias irreversibles de sus acciones que tendría que cargar para siempre.

El proceso de renuncia fue doloroso de una forma que no había anticipado completamente. Cada cosa que devolvía, cada beneficio al que renunciaba, le generaba una sensación física de pérdida, como si le arrancaran algo del pecho, como si estuviera desprendiéndose de órganos internos que se habían vuelto parte esencial de su funcionamiento. Renunciar a la beca no fue solo renunciar al dinero sino renunciar a la seguridad, a la posibilidad de dedicarse completamente a su investigación sin preocupaciones materiales. Devolver el libro agotado no fue solo devolver un objeto sino renunciar al conocimiento que contenía, a las conexiones que había hecho estudiándolo.

Pero mientras lo hacía, mientras se obligaba a desprenderse de cada cosa que el libro le había dado, notaba cambios sutiles pero significativos en sí misma. Las lagunas de memoria comenzaron a disminuir en frecuencia y duración. Todavía tenía momentos de

confusión, todavía perdía horas ocasionales sin saber qué había hecho durante ese tiempo, pero ya no eran bloques completos de días los que desaparecían de su conciencia. Las sombras que se movían en las esquinas de su visión comenzaron a retirarse, volviéndose menos frecuentes, menos insistentes, como si lo que las proyectaba estuviera perdiendo fuerza.

Sin embargo el libro no se rendía fácilmente. Era como si tuviera voluntad propia, como si luchara activamente contra los intentos de Agripina de liberarse de su influencia. Objetos que ella había renunciado reaparecían misteriosamente en su casa: el libro sobre sincretismos mesoamericanos que había dejado en el parque apareció una mañana sobre su escritorio sin explicación de cómo había llegado ahí. El dinero que había donado a la fundación de caridad fue devuelto a su cuenta bancaria con una nota del banco diciendo que había habido un error administrativo y que la transacción no se había procesado correctamente. Personas que ella había alejado usando sentencias del libro regresaban con insistencia inexplicable, llamándola, visitándola, buscando reconectar sin razón aparente.

Agripina tuvo que devolver las cosas varias veces, repetir las renuncias, insistir en las donaciones incluso cuando el banco le decía que no era necesario, rechazar a las personas que regresaban aunque eso significara ser grosera o incomprensible. Era agotador, frustrante, como intentar vaciar el océano con una cuchara. Pero persistió porque sabía que si cedía aunque fuera una sola vez, si aceptaba aunque fuera una sola de las cosas que el libro intentaba devolverle, entonces todo el esfuerzo habría sido en vano.

Quemó el diario donde había registrado meticulosamente cada uso de cada sentencia, esas páginas llenas de su caligrafía documentando su descenso gradual hacia la adicción y la posesión. Lo quemó en el jardín trasero de su casona, usando las mismas brasas donde meses atrás había quemado el nombre de Rebeca con leña de higuera, viendo cómo las páginas se retorcían y ennegrecían consumidas por llamas que parecían más calientes de lo normal, como si el papel resistiera arder, como si el conocimiento registrado en esas páginas no quisiera ser destruido.

Limpió su casa con el agua bendita que don Jacinto le había dado, rociándola en las esquinas de cada habitación, sobre el umbral de cada puerta, sobre el marco de cada ventana. Esparció sal bendecida mezclada con ceniza de olivo formando círculos de protección, dibujando cruces en las paredes con agua bendita usando un hisopo que había comprado en la tienda de artículos religiosos frente a la Catedral. Rezó, algo que no había hecho desde que era niña y su madre la llevaba a misa los domingos, recitando oraciones que había olvidado que sabía pero que regresaban a su memoria como si hubieran estado dormidas esperando ser despertadas: Padrenuestros y Avemarías y Credos que

pronunciaba sin entender completamente lo que significaban pero sintiendo que las palabras tenían peso, que tenían poder, que creaban barreras contra lo que la había estado poseyendo.

Lentamente, con una lentitud dolorosa que a veces la hacía dudar si estaba haciendo algún progreso real, sintió que recuperaba el control de sí misma. Dejó de escuchar los susurros en lenguas incomprensibles que la habían perseguido durante meses. Dejó de ver sombras moviéndose con voluntad propia. Dejó de sentir esa presencia constante observándola, esa sensación de ser habitada por algo que no era ella misma. Era como recuperarse de una enfermedad larga, ese proceso gradual donde cada día estás un poco mejor que el día anterior pero la mejoría es tan incremental que apenas se nota hasta que un día te das cuenta de que puedes volver a hacer cosas que habías olvidado que podías hacer.

Pero faltaba todavía lo más difícil, la tarea que don Jacinto le había dicho que era esencial para completar la renuncia y cerrar el pacto definitivamente: tenía que llevar el Libro de las Sentencias de regreso a donde pertenecía, al monasterio de Neamț en Moldavia, Rumania, a miles de kilómetros de distancia al otro lado del océano Atlántico. Y no tenía dinero para el viaje. Había donado todos sus ahorros, había renunciado a la beca que hubiera podido financiar el viaje, había quedado con apenas lo suficiente para sobrevivir semana a semana.

Comenzó a buscar trabajo extra además de sus responsabilidades en la universidad. Dio clases particulares de español a estudiantes extranjeros que querían aprender el idioma. Tradujo artículos académicos del inglés al español para colegas que no dominaban la lengua lo suficientemente bien. Vendió muebles de la casona que había heredado de su abuela, piezas antiguas que valían dinero en el mercado de antigüedades de Xalapa: un aparador de caoba, una mesa de comedor con sillas talladas, un espejo con marco dorado que no era el que había roto sino otro similar que estaba en uno de los cuartos de huéspedes.

Pidió dinero prestado a familiares sin explicar exactamente para qué lo necesitaba, inventando historias vagas sobre oportunidades académicas en Europa que requerían viajes de investigación. Algunos le prestaron pequeñas cantidades con desconfianza evidente, otros se negaron directamente diciendo que si no podía explicar para qué necesitaba el dinero entonces probablemente no debían prestárselo.

El proceso tomó meses. Meses durante los cuales vivió de forma espartana, comprando solo lo absolutamente necesario, comiendo arroz y frijoles y verduras baratas del mercado, caminando a todas partes para ahorrar gasolina, negándose cualquier lujo o gasto innecesario. Fue humillante después de haber tenido todo tan fácil durante la época en la cual usaba el libro, después de haber sentido que el mundo se doblaba a su voluntad con solo pronunciar las palabras correctas. Pero era necesario. Era el precio de su salvación.

Durante todo ese tiempo guardó el libro encerrado en el arcón de cedro donde lo había encontrado, cerró el arcón con llave y lo bajó al sótano de la casona donde la humedad y la oscuridad lo mantendrían alejado de la tentación. Roció el arcón con agua bendita, colocó cruces sobre la tapa, esparció sal bendecida formando un círculo protector alrededor de él. Cada noche antes de dormir bajaba al sótano para verificar que el arcón siguiera cerrado, que el libro no hubiera encontrado alguna forma de escapar, y cada noche rezaba frente al arcón pidiendo fuerza para resistir la tentación de abrirlo una vez más, de probar solo una sentencia más, de recuperar aunque fuera un poco del poder que había tenido.

Finalmente, después de cinco meses de trabajo agotador y privaciones constantes, juntó suficiente dinero para un boleto de avión a Bucarest con escalas en Ciudad de México y Ámsterdam. Era un vuelo económico en clase turista con conexiones largas e incómodas, pero era lo que podía pagar. Compró el boleto con las manos temblándole sobre el teclado de la computadora, sintiendo que este era el punto de no retorno, que una vez que subiera a ese avión con el libro en su equipaje ya no habría forma de echarse atrás.

La noche antes de partir sacó el arcón del sótano, lo subió a su habitación, lo abrió por primera vez en meses. El Libro de las Sentencias seguía ahí, silencioso pero de alguna manera todavía vivo, todavía emanando esa presencia que hacía que el aire alrededor pareciera más denso. Lo envolvió en telas bendecidas que había conseguido en la iglesia, lo metió en una bolsa de lona resistente, cerró la bolsa con candado. Lo metió en el fondo de su maleta junto con ropa abrigada porque don Jacinto le había dicho que Moldavia en invierno era un lugar de nieve y frío que penetraba hasta los huesos.

Esa última noche en su casona de la calle de Insurgentes, Agripina no durmió. Se quedó sentada en su cama mirando la maleta cerrada donde descansaba el libro, preguntándose si realmente tendría la fuerza necesaria para completar este viaje, para entregar el libro a los monjes de Neamț, para cerrar definitivamente esta puerta que nunca debió abrirse.

Afuera el chipi chipi caía una vez más, como había caído aquella primera noche cuando encontró el libro y leyó la primera sentencia, y Agripina supo que mañana comenzaría el viaje más importante de su vida, un viaje que terminaría con su salvación o con su condenación definitiva.

CAPÍTULO 9

VIAJE AL ORIGEN

Agripina Lorenzana llegó a Rumania en pleno invierno después de un viaje que había durado treinta horas contando las escalas y las conexiones perdidas y las esperas interminables en aeropuertos donde no hablaba los idiomas que se hablaban a su alrededor. El avión aterrizó

en el aeropuerto Henri Coandă de Bucarest cuando todavía era de noche, con temperaturas bajo cero que le cortaron la respiración cuando salió de la terminal hacia el frío seco y cortante de Europa del Este en enero, un frío completamente diferente del frío húmedo de Xalapa, un frío que penetraba a través de toda la ropa abrigada que había traído y que le hacía doler los huesos.

Pasó la noche en un hostal barato cerca de la estación de tren, durmiendo mal en una cama estrecha con sábanas que olían a detergente industrial, escuchando voces en rumano que conversaban en el pasillo, sintiendo el peso del libro en su mochila que había colocado junto a la cama porque no se atrevía a dejarlo fuera de su vista ni siquiera para dormir. A la mañana siguiente tomó un tren hacia el noreste, hacia Moldavia, hacia la región de donde su bisabuelo Dimitrie había huido más de un siglo atrás llevando el Libro de las Sentencias en su equipaje como si fuera una maldición de la cual no podía desprenderse pero que tampoco podía destruir.

El viaje en tren duró ocho horas atravesando paisajes que gradualmente se volvían más montañosos y más nevados conforme el convoy se alejaba de la capital y se adentraba en regiones donde el tiempo parecía haberse detenido en algún momento del siglo XIX. Campos cubiertos de nieve interrumpidos ocasionalmente por pueblos pequeños con casas de madera y tejados inclinados para que la nieve resbalara, iglesias ortodoxas con cúpulas doradas que brillaban bajo el sol débil del invierno, bosques de pinos tan densos que parecían impenetrables.

Agripina viajaba en un vagón de segunda clase con asientos de madera dura, compartiendo el espacio con campesinos que llevaban sacos de papas y gallinas vivas en jaulas, con vendedoras que iban de pueblo en pueblo ofreciendo telas y herramientas, con estudiantes jóvenes que escuchaban música en sus teléfonos celulares incongruentes en este paisaje que parecía sacado de otro siglo. Nadie le hablaba porque era evidente que no era de ahí, porque su ropa y su forma de moverse la identificaban como extranjera, como alguien que venía de muy lejos con propósitos que probablemente no concernían a nadie más.

Llegó a Iași cuando ya estaba oscureciendo, bajó del tren con su mochila cargada sobre los hombros sintiendo el peso del libro no solo físico sino espiritual, como si cargara una piedra que chupaba la luz a su alrededor, que hacía que las sombras fueran más oscuras y el frío más intenso. Encontró un autobús rural que salía temprano a la mañana siguiente hacia Târgu Neamț, pasó otra noche en otro hostal barato, esta vez sin poder dormir en absoluto porque sentía que estaba muy cerca ya del final del viaje y porque el libro parecía estar más pesado, más vivo, más consciente de que estaba siendo llevado de regreso al lugar de donde nunca debió salir.

El autobús era viejo y ruidoso, con calefacción que funcionaba intermitentemente, con ventanas que dejaban entrar corrientes de aire

helado por los marcos mal sellados. Tomó una carretera que serpenteaba entre montañas cubiertas de bosques de coníferas donde la nieve se acumulaba en capas tan gruesas que las ramas de los árboles se doblaban bajo el peso. El camino estaba resbaladizo, el autobús avanzaba lentamente con las cadenas en las llantas haciendo un ruido metálico contra el asfalto cubierto de hielo.

Agripina miraba por la ventana viendo pasar el paisaje blanco e interminable, preguntándose cómo había sido para Dimitrie hacer este mismo viaje en sentido contrario hace más de un siglo, cuando los trenes eran más lentos y los caminos más precarios, cuando llevaba el libro huyendo de algo que lo había aterrorizado lo suficiente como para abandonar su tierra natal y cruzar el océano hacia un continente del cual probablemente no sabía casi nada. ¿Había sentido lo mismo que ella sentía ahora? ¿Este mismo miedo mezclado con determinación? ¿Esta misma sensación de estar cumpliendo con un destino que había sido escrito mucho antes de que ninguno de los dos naciera?

El autobús la dejó en Târgu Neamț cerca del mediodía, en una plaza pequeña rodeada de edificios bajos con techos de tejas rojas cubiertas de nieve. Le preguntó a varias personas en un inglés vacilante cómo llegar al monasterio de Neamț y finalmente encontró un taxista que hablaba algo de inglés mezclado con alemán y que aceptó llevarla por un precio que le pareció razonable aunque probablemente le estaba cobrando el doble de lo normal por ser extranjera.

El camino al monasterio era estrecho y sinuoso, apenas lo suficientemente ancho para que pasara un vehículo, bordeando precipicios donde el valle se abría mostrando kilómetros de bosques nevados que se extendían hasta donde alcanzaba la vista. El taxista manejaba con la confianza de alguien que ha recorrido este camino mil veces, hablando en un inglés fragmentario sobre la historia del monasterio, sobre cómo había sido uno de los centros más importantes de aprendizaje ortodoxo en los siglos XVIII y XIX, sobre cómo los monjes habían copiado miles de manuscritos antiguos preservando textos que de otra forma se habrían perdido para siempre.

—Pero también hay historias oscuras —dijo el taxista mirándola por el espejo retrovisor—. Historias de cosas que los monjes copiaron que no debieron copiar. De libros malditos. De pactos con demonios. Son solo supersticiones, claro. Pero la gente del pueblo todavía habla de esas cosas.

Agripina no respondió, sosteniendo su mochila contra el pecho, sintiendo el peso del libro dentro.

El monasterio apareció al final del valle, un complejo de edificios antiguos con cúpulas verdes cubiertas de nieve, con murallas de piedra gris que lo rodeaban como una fortaleza, con torres que se alzaban contra el cielo gris del invierno. Era más grande de lo que Agripina había

imaginado, un verdadero pueblo amurallado con iglesias y celdas monásticas y refectorios y bibliotecas, todo construido con esa piedra gris característica de la región que parecía absorber la luz en lugar de reflejarla.

El taxista la dejó frente a la puerta principal del monasterio, le cobró el viaje, le deseó buena suerte con una expresión que sugería que pensaba que iba a necesitarla, y se fue dejándola sola frente a las puertas enormes de madera oscura reforzadas con hierro forjado. Agripina tocó la puerta con una aldaba de bronce que tenía forma de cruz ortodoxa, y esperó.

Un monje joven abrió la puerta después de varios minutos, mirándola con curiosidad mezclada con desconfianza. Agripina intentó explicar en inglés que necesitaba hablar con el abad, que había venido desde México con algo muy importante que debía entregar al monasterio, pero el monje joven no parecía entender más que palabras sueltas. Finalmente el monje le hizo señas de que esperara y desapareció en el interior del complejo.

Cuando regresó venía acompañado de un hombre mayor con barba blanca que le llegaba hasta el pecho, vestido con las túnicas negras de los monjes ortodoxos, con una expresión severa en el rostro que parecía tallada en la misma piedra de la cual estaba construido el monasterio. El hombre habló en rumano y luego en un inglés formal y cuidadoso con acento marcado:

—Soy el abad Paisie. ¿Qué es lo que desea, señora?

Agripina intentó explicar, las palabras saliendo atropelladas en su inglés imperfecto, contándole que había venido desde México para devolver algo que había sido tomado del monasterio hace más de un siglo, algo que pertenecía a este lugar y que necesitaba ser guardado aquí para siempre. El abad la escuchaba con expresión que no revelaba nada, sin interrumpirla, dejándola hablar hasta que ella finalmente se detuvo sin saber cómo continuar.

—No podemos simplemente aceptar objetos de extraños —dijo el abad —. Este es un monasterio ortodoxo, no un depósito de antigüedades. Si tiene algo que cree que pertenece aquí, debe mostrarme primero qué es y explicarme por qué piensa eso.

Agripina abrió su mochila con manos que temblaban por el frío y el nerviosismo, sacó la bolsa de lona donde había envuelto el libro, abrió la bolsa, desenvolvió las telas bendecidas, y finalmente sacó el Libro de las Sentencias. Se lo extendió al abad sin decir nada porque no sabía qué palabras podrían explicar lo que ese libro era y lo que le había hecho.

El abad tomó el libro con cautela, lo abrió, examinó las primeras páginas con ojos que se entornaban intentando leer la caligrafía antigua. Su expresión comenzó a cambiar gradualmente de severidad a algo más

complejo, una mezcla de reconocimiento y horror y algo parecido al miedo.

—Espere aquí —dijo con voz que había perdido parte de su firmeza anterior.

Desapareció en el interior del monasterio llevándose el libro con él, dejando a Agripina esperando en el frío junto a la puerta principal sin saber si debía entrar o quedarse afuera, si la iban a recibir o la iban a expulsar. Esperó durante lo que parecieron horas aunque probablemente fueron solo veinte minutos, sintiendo que el frío le congelaba los pies dentro de las botas, que los dedos de las manos se le entumecían incluso dentro de los guantes.

Finalmente el abad regresó acompañado de otro monje, este aún más viejo, con una barba tan blanca que parecía nieve, con un rostro arrugado como corteza de árbol antiguo, con ojos de una claridad sorprendente que contrastaba con todo lo demás en él que era viejo y gastado. El monje anciano se acercó a Agripina y le habló en un español fragmentario con acento extraño que hacía que las palabras sonaran como si vinieran de muy lejos en el tiempo:

—Mi nombre es padre Serafín. Yo... aprendí español... de misioneros mexicanos... hace muchos años. El abad me dice... que usted trajo... un libro. ¿Puedo... verlo?

Agripina señaló hacia donde el abad sostenía el volumen. El padre Serafín se acercó, extendió sus manos arrugadas, tomó el libro con reverencia mezclada con algo parecido al terror. Lo abrió en la primera página, leyó las primeras sentencias, y sus ojos se llenaron de lágrimas que rodaron por sus mejillas hundiéndose en los pliegues profundos de su piel antigua.

—Lăpușneanu —susurró—. El libro de Grigore Lăpușneanu. Creíamos... que se había perdido... para siempre. Creíamos... que había sido destruido... cuando él murió.

El padre Serafín la miró con ojos que parecían ver a través de ella, ver no solo lo que era sino todo lo que había sido y todo lo que podría haber sido.

—Usted es... descendiente. Familia Lăpușneanu.

—Soy bisnieta de Dimitrie Lăpușneanu —confirmó Agripina—. Él se llevó el libro a México. Ahora yo lo traigo de vuelta.

—Entre, hija —dijo el padre Serafín con voz que de pronto sonaba más fuerte, más clara—. Tiene mucho frío. Y nosotros tenemos... mucho que hablar. Mucho que explicar. Y usted... tiene mucho que confesar.

El abad le hizo señas al monje joven que las había abierto la puerta originalmente, le dijo algo en rumano, y el monje asintió desapareciendo en el interior del complejo. Luego el abad y el padre Serafín condujeron a Agripina a través de patios nevados y pasillos de piedra fría hasta una

sala pequeña con una estufa de leña encendida donde finalmente pudo sentir que el calor comenzaba a volver a sus manos y sus pies.

Le trajeron té caliente en un vaso de vidrio con soporte de metal, le dieron pan negro con miel, y luego el padre Serafín comenzó a contarle la historia que ella había venido buscando sin saber exactamente qué era lo que buscaba: la historia del Conde Grigore Lăpușneanu que financió el monasterio a finales del siglo XVIII a cambio de que los monjes copiaran y tradujeran textos prohibidos que había recopilado de fuentes gnósticas, cátaras, heréticas, de todas las tradiciones que la Iglesia había intentado destruir durante siglos. La historia de cómo esos textos fueron condensados en el Libro de las Sentencias, una destilación de conocimientos que nunca debieron ser escritos. La historia de cómo cuando Lăpușneanu murió su descendiente Dimitrie robó el libro y huyó a América intentando escapar de la maldición familiar.

—Y ahora usted... lo trae de vuelta —dijo el padre Serafín—. Después de... más de cien años... vuelve a casa.

—¿Pueden guardarlo? —preguntó Agripina—. ¿Pueden encerrarlo para que nadie más lo use nunca?

El padre Serafín intercambió una mirada larga con el abad, y luego respondió con voz que sonaba infinitamente cansada:

—Podemos guardarlo. Pero primero... usted debe ser purificada. El libro... la ha contaminado. Podemos verlo. Podemos ver... las sombras que lleva. Si se va ahora... sin purificación... lo que el libro puso en usted... crecerá. Y un día... la consumirá.

Agripina sintió que el miedo le apretaba el pecho.

—¿Qué tengo que hacer?

—Hay un ritual —dijo el padre Serafín—. Antiguo. Difícil. Doloroso. Pero... es el único camino.

Afuera la nieve había comenzado a caer otra vez, cubriendo el monasterio de Neamț con su blancura silenciosa, y Agripina supo que su viaje no había terminado todavía, que de hecho apenas estaba comenzando.

CAPÍTULO 10

LA PRUEBA FINAL

El padre Serafín le explicó a Agripina que devolver el libro no era suficiente para liberarse completamente de su influencia, que el simple acto de traerlo de regreso al monasterio no rompería el pacto que se había establecido entre ella y las entidades que habitaban en esas páginas, que necesitaba pasar por una purificación, un ritual que los monjes de Neamț habían realizado antiguamente con aquellos que habían sido contaminados por textos prohibidos pero que en tiempos

modernos casi nunca se practicaba porque casi nadie sabía ya que estos textos existían o que tenían el poder de contaminar almas.

—El ritual... dura tres días —explicó el padre Serafín mientras caminaban por los pasillos fríos del monasterio hacia la celda donde Agripina se quedaría durante su estancia—. Tres días de ayuno... completo. Solo agua. Tres días de oraciones... constantes. Y algo más... algo difícil. Usted debe leer... en voz alta... frente a asamblea de monjes... cada una de las ciento cuarenta y cuatro sentencias. Todas. Sin omitir... ninguna. Y con cada sentencia... debe reconocer su error... al usarla. Debe renunciar... a su poder. Es una confesión... pública. Dolorosa.

Agripina sintió que el estómago se le apretaba ante la perspectiva de tener que confesar públicamente todo lo que había hecho, todos los errores que había cometido, todas las veces que había cedido ante la tentación del poder que el libro ofrecía. Pero sabía que no tenía opción, que había llegado demasiado lejos y sacrificado demasiado como para echarse atrás ahora.

—¿Cuándo comenzamos? —preguntó.

—Mañana... al amanecer —respondió el padre Serafín—. Esta noche... descanse. Coma bien. Duerma, si puede. Porque los próximos tres días... serán los más difíciles... de su vida.

Agripina pasó esa noche en una celda monástica pequeña y espartana, con una cama estrecha, una mesa de madera, una silla, un icono de la Virgen en la pared, nada más. Intentó dormir pero no pudo, dando vueltas en la cama angosta mientras afuera la nieve seguía cayendo cubriendo el monasterio con su silencio blanco. Pensaba en todas las sentencias que había usado, en todo el daño que había causado usando el libro sin entender realmente lo que estaba haciendo, en cómo había cambiado de ser una académica escéptica a ser alguien adicta a un poder que nunca debió tocar.

Al amanecer del día siguiente el padre Serafín vino a buscarla acompañado de dos monjes jóvenes que cargaban el Libro de las Sentencias envuelto en telas. La condujeron a través de patios cubiertos de nieve hasta la capilla principal del monasterio, un edificio antiguo con cúpulas decoradas con frescos que mostraban santos ortodoxos con rostros severos y ojos que parecían seguirte sin importar dónde te movieras. El interior de la capilla olía a incienso y a cera de velas, a humo de siglos de oraciones acumuladas en las paredes de piedra.

En el centro de la capilla, frente al iconostasio que separaba el altar del resto del espacio, había un atril donde los monjes colocaron el libro. Y frente al atril, sobre las losas de piedra del piso, habían dibujado un círculo con tiza blanca. El padre Serafín le indicó a Agripina que se colocara dentro del círculo.

—El círculo... es protección —explicó—. Para usted... y para nosotros. Lo que habita en el libro... intentará resistir. Intentará... quedarse con usted. El círculo... ayuda. No mucho... pero ayuda.

Los monjes comenzaron a llegar en silencio, formando un semicírculo alrededor de Agripina pero manteniendo distancia, dejando espacio entre ellos y el círculo de tiza. Eran quince monjes en total, desde el abad Paisie hasta novicios que no parecían tener más de veinte años, todos vestidos con sus túnicas negras, todos con rostros serios y concentrados. Se colocaron en sus posiciones y comenzaron a cantar salmos en eslavo eclesiástico, voces graves que resonaban en la piedra de la capilla creando armonías que parecían venir de otro mundo, de un tiempo anterior al tiempo.

El padre Serafín se acercó al atril, abrió el Libro de las Sentencias en la primera página, y se volvió hacia Agripina.

—Comience —dijo simplemente.

Agripina dio un paso hacia adelante sin salir del círculo de tiza, miró la primera página del libro, y comenzó a leer con voz que temblaba:

—Sentencia número uno: Lo que se nombra tres veces bajo la luna menguante aparece antes del alba.

Y luego, como el padre Serafín le había instruido que hiciera, agregó:

—Usé esta sentencia para hacer aparecer el relicario de mi madre. Reconozco que fue un error. Renuncio al poder de esta sentencia.

En el momento en que pronunció las palabras de renuncia sintió algo extraño, como si algo se desprendiera de ella, como si un peso invisible se aligerara ligeramente. Pero también sintió algo más perturbador: revivió el momento exacto en que había usado la sentencia, volvió a sentir la emoción de descubrir que el relicario había aparecido, volvió a experimentar esa primera prueba de que el libro tenía poder real. Era como vomitar un veneno que había estado alojado en su estómago durante meses, doloroso pero necesario.

Continuó con la segunda sentencia, y la tercera, y la cuarta. Con cada una revivía el momento en que la había usado o había considerado usarla, sentía otra vez la tentación, el poder, la corrupción que venía con ese poder. Lloraba mientras leía, las lágrimas rodándole por las mejillas sin que hiciera nada por detenerlas. Temblaba con un temblor que no era solo del frío de la capilla sino de algo más profundo, como si su cuerpo mismo estuviera rechazando el proceso de expulsar lo que el libro había puesto en ella.

Los monjes seguían cantando, sus voces alzándose y cayendo en patrones hipnóticos que la ayudaban a seguir adelante cuando quería detenerse, cuando quería salir corriendo de la capilla y huir del monasterio y volver a México y olvidarse de todo esto. El padre Serafín

permanecía cerca del atril, vigilante, listo para intervenir si era necesario.

Las horas pasaron. Agripina leyó sentencia tras sentencia, confesando sus usos, renunciando a sus poderes. Cuando llegó a la sentencia cincuenta y siete, la que había usado para alejar a Rebeca Salcedo, casi se desmayó del dolor de revivir ese momento, de sentir otra vez la satisfacción oscura que había experimentado al quemar el nombre de su enemiga con fuego de leña de higuera. Los monjes intensificaron sus cantos, sosteniéndola con sus voces cuando su propia voz amenazaba con quebrarse completamente.

Llegó a la sentencia ochenta y nueve, la de las monedas enterradas bajo la puerta para atraer prosperidad. Llegó a la ciento uno, la de conseguir objetos deseados pronunciando su nombre frente al agua corriente. Con cada sentencia sentía que algo se desprendía de ella, que las capas de contaminación que el libro había depositado en su alma se iban pelando una por una dejando al descubierto lo que había estado enterrado debajo.

Y luego, después de horas de lectura que parecían haber durado días, llegó a la sentencia ciento ocho, aquella que advertía: "Quien usa el libro sin entenderlo alimenta con su voluntad lo que el libro contiene". Cuando leyó esas palabras en voz alta sucedió algo extraordinario y aterrador.

La capilla se oscureció como si una nube enorme hubiera cubierto el sol, pero cuando Agripina miró hacia las ventanas altas vio que afuera seguía siendo de día, que el sol brillaba sobre la nieve. La oscuridad venía de otro lugar, no del mundo exterior sino de algún espacio que existía entre las páginas del libro, alguna dimensión que se estaba sangrando hacia la realidad porque el acto de leer y renunciar a las sentencias estaba perturbando el equilibrio que las mantenía contenidas.

Una presencia se manifestó en la capilla, algo que no tenía forma física pero que era tan real y tan tangible como cualquier cosa material. Agripina podía sentirla, una presencia antigua y furiosa y hambrienta que había estado esperando durante siglos a que alguien completara el ciclo de las ciento cuarenta y cuatro sentencias, que había estado alimentándose de la voluntad de todos los que habían usado el libro sin entender lo que realmente estaban haciendo.

La presencia se movía alrededor del círculo de tiza intentando entrar, intentando llegar hasta Agripina, pero el círculo la detenía o al menos la ralentizaba. Agripina podía oír voces susurrando en lenguas que no reconocía, voces que le prometían poder ilimitado si solo dejaba de renunciar a las sentencias, si solo aceptaba completar el pacto, si solo se rendía y permitía que la presencia la llenara completamente convirtiéndola en un recipiente para su voluntad.

Los monjes intensificaron sus cantos hasta que las voces resonaban tan fuerte en la capilla que hacían vibrar las piedras del piso. El padre Serafín gritó algo en rumano que sonaba como una orden, y Agripina entendió sin necesidad de traducción que le estaba diciendo que continuara leyendo, que no se detuviera, que la única forma de atravesar esto era seguir adelante.

Agripina leyó las sentencias que faltaban con voz quebrada por el esfuerzo y el miedo, renunciando a cada una mientras la presencia invisible se volvía más furiosa, más insistente, más desesperada. Sentía que manos que no eran manos intentaban agarrarla, que dedos que no eran dedos intentaban arrastrarla fuera del círculo protector, que algo quería reclamarla como suya porque había usado demasiadas sentencias, había entregado demasiado de sí misma, había cruzado demasiadas líneas.

Pero siguió leyendo. Sentencia ciento veinte. Ciento treinta. Ciento cuarenta. Los monjes cantaban con voces que sonaban ahora más como gritos que como cantos. El padre Serafín sostenía una cruz ortodoxa en alto mientras recitaba oraciones en eslavo eclesiástico tan rápido que las palabras se fundían unas con otras en un río continuo de sonido sagrado.

Y finalmente Agripina llegó a la última sentencia, la número ciento cuarenta y cuatro, la que decía: "El que completa el círculo cierra la puerta o la abre para siempre". Entendió en ese momento, con una claridad que le cortó la respiración, que esta sentencia final era tanto una trampa como una salida, que era el punto de decisión definitivo. Si la pronunciaba afirmándola, aceptando su poder, entonces se completaría el pacto y quedaría atada para siempre a lo que habitaba en el libro. Si la renunciaba completamente, con toda la fuerza de su voluntad, entonces cerraría la puerta que nunca debió abrirse.

La presencia oscura se agitaba alrededor del círculo con una furia que hacía que el aire mismo vibrara, susurrando promesas y amenazas en cantidades iguales, ofreciendo todo y quitando todo al mismo tiempo. Agripina cerró los ojos, respiró profundo, y con la última fuerza que le quedaba pronunció las palabras que sellarían su destino:

—Sentencia número ciento cuarenta y cuatro: El que completa el círculo cierra la puerta o la abre para siempre. Renuncio a esta sentencia. Renuncio a su poder. Renuncio a todo lo que el libro prometió. Cierro la puerta. Cierro la puerta. Cierro la puerta.

Y en ese momento algo se rompió.

CAPÍTULO 11
LA REVELACIÓN

En el momento exacto en que Agripina pronunció por tercera vez las palabras "cierro la puerta", algo se rompió en el tejido invisible que conectaba el libro con las entidades que habitaban en sus páginas, se rompió con un sonido que no era exactamente un sonido sino una vibración que se sintió en los huesos de todos los presentes, como si el universo mismo hubiera exhalado después de contener la respiración durante siglos. La oscuridad que había invadido la capilla se retiró violentamente, no disipándose gradualmente sino siendo succionada hacia el libro como si una fuerza inmensa la jalara de regreso al lugar de donde había salido, concentrándose en el volumen que descansaba sobre el atril hasta que las páginas mismas parecían vibrar con la intensidad de lo que estaban conteniendo.

Y entonces el libro comenzó a arder. No con fuego normal, no con llamas rojas y amarillas que producen calor y humo, sino con un fuego frío que era más azul que cualquier azul que Agripina hubiera visto, un fuego que no quemaba el atril de madera sobre el cual descansaba el libro sino que consumía únicamente el volumen mismo, las páginas arrugándose y ennegreciéndose y desintegrándose sin producir ceniza visible, sin emanar calor, sin hacer el ruido crepitante que hace el papel cuando arde normalmente. Era un fuego silencioso y antinatural que parecía estar quemando no solo el objeto físico del libro sino algo más profundo, alguna esencia metafísica que había estado atrapada en esas páginas esperando ser liberada o destruida.

Los monjes retrocedieron instintivamente cuando el fuego apareció pero no dejaron de cantar, sus voces intensificándose en lugar de debilitarse, llenando la capilla con salmos que sonaban como si fueran las únicas cosas que mantenían la realidad intacta mientras el libro se consumía. El padre Serafín sostenía la cruz ortodoxa en alto con ambas manos, recitando oraciones en eslavo eclesiástico con una velocidad y una intensidad que hacían que las venas de su cuello se marcaran bajo la piel arrugada. El abad Paisie había sacado un hisopo y rociaba agua bendita en dirección al libro ardiente, las gotas evaporándose antes de tocar las llamas azules.

Agripina permanecía dentro del círculo de tiza, incapaz de moverse, mirando hipnotizada cómo el libro que había dominado su vida durante tantos meses se consumía frente a sus ojos. Sentía algo desprendiéndose de ella con cada página que desaparecía en el fuego frío, como si hilos invisibles que la habían estado atando al volumen se cortaran uno por uno liberándola gradualmente de un peso que no había sabido que estaba cargando hasta que comenzó a aligerarse. Era doloroso pero también era liberador, como arrancar vendajes de una herida que había estado supurando durante demasiado tiempo y finalmente permitir que el aire tocara la carne viva debajo.

El fuego ardió durante exactamente tres minutos, ni uno más ni uno menos, como si hubiera sido programado con una precisión que

desafiaba las leyes naturales de la combustión. Y luego se apagó tan abruptamente como había comenzado, sin que quedara ninguna llama residual, sin que hubiera brasas todavía calientes, simplemente se extinguió de golpe dejando el atril intacto y sobre el atril un montículo pequeño de ceniza gris que era todo lo que quedaba del Libro de las Sentencias.

El silencio que siguió era tan completo que Agripina podía oír su propia sangre pulsando en sus oídos. Los monjes habían dejado de cantar. El padre Serafín había bajado la cruz. Todos miraban el montículo de ceniza como si no pudieran creer completamente que el libro hubiera sido destruido, como si esperaran que se reconstituyera de alguna forma, que las cenizas se juntaran y formaran de nuevo las páginas y las sentencias y todo volviera a empezar.

Pero las cenizas permanecieron cenizas. Y en medio de ellas, brillando con un resplandor metálico que contrastaba con la grisura que lo rodeaba, había un pequeño objeto que no había estado ahí antes o que había estado oculto dentro del libro durante todo este tiempo esperando ser revelado. El padre Serafín se acercó con cautela, sacó un paño blanco de los pliegues de su túnica, lo extendió sobre su mano, y con cuidado extremo recogió el objeto de entre las cenizas.

Era una llave. Una llave antigua de bronce oscurecido por el tiempo, con un diseño elaborado que incluía símbolos que Agripina no reconocía, con la cabeza en forma de cruz ortodoxa y el vástago con muescas complejas que sugerían que abría algún tipo de cerradura muy específica. El padre Serafín la sostuvo sobre el paño blanco mirándola con expresión que mezclaba asombro y algo parecido al horror.

—Esta era la verdadera maldición —dijo con voz apenas audible—. El libro... era solo la cárcel. La prisión... que contenía esto. Esto es lo que el Conde Lăpușneanu... quería proteger... y usar. Esto es... lo que sus descendientes... han estado cargando... durante generaciones.

Agripina salió del círculo de tiza sintiendo que las piernas apenas la sostenían, se acercó al padre Serafín, miró la llave descansando sobre el paño blanco.

—¿Qué es? —preguntó—. ¿Qué abre?

El padre Serafín intercambió una mirada larga con el abad Paisie, y luego respondió con voz que sonaba infinitamente cansada:

—Según la leyenda... que los monjes antiguos... guardaban en secreto... esta es la llave... de un relicario. Un relicario muy antiguo... traído desde Tierra Santa... durante las Cruzadas. Un relicario que contiene... según se dice... un fragmento del Árbol... del Conocimiento del Bien y del Mal. El árbol del cual... Adán y Eva... comieron en el Paraíso.

Agripina sintió que un escalofrío le recorría la columna vertebral.

—Eso es imposible. Es solo una leyenda. El Árbol del Conocimiento... si es que existió alguna vez... no puede haber sobrevivido miles de años.

—Tal vez sea solo leyenda —admitió el padre Serafín—. Tal vez el relicario... contiene solo un pedazo... de madera vieja. O tal vez... contiene exactamente... lo que la leyenda dice. No lo sabemos. Nadie lo sabe. Porque el relicario... ha estado perdido... durante siglos. Y esta llave... es lo único que puede abrirlo.

—¿Y qué hacía la llave dentro del libro? —preguntó Agripina.

—El Conde Lăpușneanu... poseía el relicario —explicó el abad Paisie, hablando por primera vez desde que el ritual había comenzado—. O al menos... eso es lo que nuestros archivos antiguos sugieren. Poseía el relicario pero no se atrevía a abrirlo porque sabía que quien posee ese fragmento puede conocer todas las cosas, puede ver toda la verdad del universo, pero ese conocimiento destruye el alma. Nadie puede soportar conocer todo sin volverse loco o convertirse en algo que ya no es humano.

—Entonces encargó el libro —continuó el padre Serafín—. Encargó a los monjes... que crearan el Libro de las Sentencias. El libro era un intento... de diluir ese poder absoluto... en ciento cuarenta y cuatro porciones. De hacer que el conocimiento prohibido... fuera usable... sin que destruyera completamente... al que lo usaba. Pero para eso... necesitaba esconder la llave. Necesitaba que nadie... pudiera abrir el relicario... mientras el libro existiera.

—Así que selló la llave dentro del libro —dijo Agripina comprendiendo—. La escondió en el único lugar donde nadie la buscaría.

—Exactamente —confirmó el padre Serafín—. Y ahora que el libro... está destruido... la llave vuelve a ser... solo una llave. Sin el libro... no tiene poder. Sin el relicario... no tiene propósito. Es solo... un objeto inerte.

—¿Qué harán con ella? —preguntó Agripina.

—La enterraremos —respondió el abad Paisie con voz firme—. La enterraremos en tierra consagrada bajo el altar mayor de este monasterio donde ha estado el relicario durante siglos. Y nunca será desenterrada. Nunca. El conocimiento que contiene, si es que contiene alguno, debe permanecer sellado para siempre.

Los monjes procedieron inmediatamente a realizar el entierro. Llevaron la llave envuelta en el paño blanco hasta el altar mayor de la iglesia principal del monasterio, levantaron una de las losas de piedra del piso revelando tierra oscura debajo, cavaron un hoyo profundo, colocaron la llave en el fondo envuelta en múltiples capas de tela bendecida, la cubrieron con tierra, volvieron a colocar la losa de piedra en su lugar, sellaron las juntas con cemento fresco, trazaron cruces sobre la superficie con aceite consagrado.

Agripina observaba todo el proceso sintiéndose extrañamente vacía, como si algo esencial hubiera sido arrancado de ella dejando un hueco que no sabía cómo llenar. El libro había sido destruido. La llave había sido enterrada. El pacto había sido roto. Estaba libre. Pero la libertad se sentía diferente de lo que había imaginado, no como un alivio triunfante sino como un cansancio profundo, como despertar de una fiebre larga y descubrir que el mundo seguía siendo el mismo mundo de siempre con todas sus dificultades y limitaciones intactas.

Se quedó tres días más en el monasterio recuperándose del ritual. Los monjes le dieron una celda donde dormir, comida simple pero nutritiva después del ayuno que había mantenido, té caliente con miel, mantas gruesas para protegerse del frío. Durante esos tres días el padre Serafín pasaba horas con ella hablando, enseñándole cosas que ella necesitaba entender para procesar completamente lo que había vivido.

—Cada sentencia del libro —le explicó el monje anciano mientras caminaban por el claustro cubierto de nieve— era en esencia... una verdad distorsionada. Una verdad espiritual auténtica... retorcida y corrompida... para servir a propósitos egoístas. Por ejemplo... la sentencia que decía... que lo nombrado tres veces aparece... era una distorsión... del principio de que la intención enfocada... puede manifestar realidades. Pero en lugar de enseñar... la disciplina espiritual necesaria... para alinear la voluntad propia... con la voluntad divina... la sentencia ofrecía... un atajo. Un truco. Y todos los atajos... tienen un precio oculto.

—La sabiduría real —continuó— no está en usar sentencias... o fórmulas mágicas... o rituales secretos. La sabiduría real está en comprender... que el universo tiene un orden... un orden correcto... y que el poder verdadero viene... no de manipular ese orden... sino de alinearse con él. De fluir con él... en lugar de contra él.

Agripina escuchaba con atención que nunca había tenido cuando era profesora universitaria escuchando a colegas hablar sobre teorías académicas. Esta era una enseñanza diferente, más profunda, que tocaba algo en ella que había estado dormido durante años o tal vez durante toda su vida.

—Buscó en el libro atajos para el poder y la felicidad —dijo el padre Serafín mirándola con esos ojos claros que parecían ver a través de todas las defensas—. Pero la verdadera sabiduría... siempre estuvo disponible. Sin precio. Sin pactos. Sin maldiciones. En la disciplina espiritual... en el amor desinteresado... en la humildad... en el servicio a otros. Estas cosas... siempre han estado ahí. Siempre estarán ahí. No necesitan... libros prohibidos... para ser accesibles.

Agripina sintió que las lágrimas comenzaban a rodarle por las mejillas aunque no estaba segura exactamente de por qué lloraba, si era por alivio o por tristeza o por una mezcla de ambos, por todo el tiempo que

había perdido buscando poder en lugares equivocados cuando lo que realmente necesitaba había estado siempre a su alcance si solo hubiera sabido cómo mirarlo.

—Gracias —dijo con voz quebrada—. Gracias por salvarme.

—No nosotros salvamos —respondió el padre Serafín con una sonrisa suave—. Usted se salvó... a sí misma. Nosotros solo... le mostramos el camino. Pero usted... fue quien caminó por él.

Al cuarto día Agripina se despidió de los monjes, agradeció al abad Paisie y al padre Serafín, recibió sus bendiciones, y comenzó el viaje de regreso a México llevando en su mochila solo ropa y algunos regalos pequeños que los monjes le habían dado: un rosario ortodoxo, un icono pintado a mano de la Virgen, un frasco de aceite bendito. El libro ya no estaba. La llave ya no existía en ningún lugar donde pudiera ser encontrada. El pacto estaba roto.

Mientras el autobús la llevaba de regreso a Iași a través de caminos nevados, Agripina miró por la ventana el paisaje blanco de Moldavia y supo que aunque regresaba al mismo lugar del que había venido, al mismo trabajo y la misma casa y la misma vida, ya no era la misma persona que había sido cuando salió.

Había sido transformada. Había muerto y renacido. Y eso, entendió finalmente, era lo que la verdadera sabiduría siempre había requerido: no poder sobre el mundo sino transformación de uno mismo.

CAPÍTULO 12
RETORNO Y RENACIMIENTO

Agripina Lorenzana regresó a Xalapa después de un viaje que fue el reverso exacto del viaje de ida, las mismas escalas en aeropuertos europeos, los mismos asientos incómodos en clase turista, las mismas horas interminables suspendida entre continentes sin pertenecer completamente a ninguno, pero todo diferente porque ella era diferente, porque la mujer que descendió del avión en el aeropuerto de la Ciudad de México y luego tomó el autobús a Veracruz ya no era la misma que había partido semanas atrás cargando el peso de un libro maldito en su equipaje y el peso aún mayor de su propia desesperación.

Llegó a su casona en la calle de Insurgentes una tarde de chipi chipi suave, esa lluvia persistente que había sido la banda sonora de toda su historia con el libro desde el principio, y al abrir la puerta principal y entrar al recibidor que olía a humedad y a casa cerrada durante demasiado tiempo sintió algo que no había esperado sentir: alivio simple y puro de estar de regreso en un lugar familiar. La casa que antes le había parecido opresiva y llena de sombras amenazantes ahora le resultaba simplemente una casa vieja que necesitaba reparaciones, con goteras en el techo que debían arreglarse y paredes que necesitaban

una mano de pintura y muebles que debían moverse para limpiar debajo de ellos.

Pasó los primeros días ordenando, limpiando, ventilando habitaciones que habían estado cerradas durante su ausencia. Tiró las sábanas manchadas de sangre de su habitación donde había escrito la sentencia ciento veintitrés en las paredes durante una de sus lagunas de memoria. Pintó sobre las manchas en las paredes con varias capas de pintura blanca hasta que no quedó ningún rastro visible de lo que había estado escrito ahí. Barrió los fragmentos de vidrio del espejo que había roto cuando vio su reflejo con ojos negros diciéndole que ya casi era de ellas. Limpió el estudio donde tantas noches había pasado leyendo el libro hasta el amanecer, abrió las ventanas para que entrara aire fresco, colocó flores en un jarrón sobre el escritorio de caoba donde antes había descansado el volumen.

Retomó sus clases en la universidad como si nunca se hubiera ido, aunque había tenido que pedir una licencia de emergencia para poder viajar a Rumania y sus estudiantes la recibieron con una mezcla de curiosidad y alivio. Retomó también sus investigaciones académicas pero ahora con una perspectiva diferente, más humilde, menos obsesionada con hacer descubrimientos revolucionarios o publicar artículos que impresionaran a sus colegas. Escribió un artículo sobre el monasterio de Neamț y la tradición de traducción y copia de textos en la Moldavia del siglo XVIII, basándose en lo que había aprendido del padre Serafín y en investigación adicional que hizo en bibliotecas y archivos digitales, pero sin mencionar nunca el Libro de las Sentencias o la verdadera razón de su viaje.

El artículo fue publicado en una revista académica respetable y recibió comentarios positivos de especialistas en historia de Europa del Este. Le ganó reconocimiento profesional pero esta vez era reconocimiento ganado por mérito propio, por trabajo honesto y riguroso, no por beneficios obtenidos mediante sentencias mágicas que manipulaban la realidad. Y ese reconocimiento, aunque más modesto que las fantasías de grandeza que había tenido cuando usaba el libro, se sentía más real, más sólido, más satisfactorio porque sabía que era completamente suyo.

Llamó a Laura Mendizábal una tarde después de haber regresado, después de haber tenido tiempo de ordenar sus pensamientos y encontrar las palabras para explicar lo que había vivido. Laura la escuchó con su escepticismo académico habitual pero también con algo más, una apertura cautelosa a la posibilidad de que tal vez, solo tal vez, Agripina estuviera diciendo la verdad cuando describía el ritual de purificación en el monasterio y la destrucción del libro en fuego azul que no quemaba la madera.

—No sé si creo completamente todo lo que me estás contando —dijo Laura cuando Agripina terminó su relato—. Pero sí creo que algo te pasó.

Algo real. Porque suenas diferente. Estás diferente. Y me alegro de que hayas vuelto.

—Yo también me alegro —respondió Agripina sintiendo que las lágrimas le picaban en los ojos—. Te extrañé. Lamento haberte alejado.

—Está perdonado —dijo Laura—. Solo prométeme que si alguna vez encuentras otro libro maldito en el desván de algún pariente me llamarás antes de abrirlo.

—Prometido.

Retomaron su amistad lentamente, con cautela al principio como dos personas que habían estado distanciadas durante mucho tiempo y necesitaban reaprender cómo relacionarse, pero gradualmente recuperando la facilidad y la confianza que habían tenido antes. Laura nunca volvió a preguntar sobre los detalles del libro o del ritual, como si hubiera decidido que había cosas que era mejor no examinar demasiado de cerca, y Agripina agradecía esa discreción porque había aspectos de la experiencia que todavía no sabía cómo articular con palabras.

La experiencia la había marcado de formas que se manifestaban en pequeños detalles cotidianos. Ya no podía pasar frente a una librería sin sentir una punzada de ansiedad al ver los libros antiguos en los escaparates. Ya no podía encender una vela sin recordar el experimento con la vela de cera de abeja que reveló el mensaje en la pared. Ya no podía mirar su reflejo en un espejo sin verificar que sus ojos seguían siendo normales, sin esa oscuridad completa que había visto aquella noche aterradora.

Pero también había cambios más profundos y más positivos. Recordaba constantemente las palabras que don Jacinto le había dicho antes de partir a Rumania, palabras que no estaban en el libro pero que contenían más sabiduría que las ciento cuarenta y cuatro sentencias combinadas: "La verdadera sabiduría es saber que el poder sin amor es destrucción, y el amor sin sabiduría es ingenuidad. El equilibrio es la única magia real". Esas palabras resonaban en ella cuando tomaba decisiones sobre cómo vivir su vida, sobre cómo relacionarse con sus estudiantes, sobre cómo usar su tiempo y su energía.

Comenzó a visitar a don Jacinto regularmente en Xico, haciendo el viaje cada dos o tres semanas, llevándole provisiones que el viejo necesitaba y recibiendo a cambio enseñanzas que no podían encontrarse en ningún libro académico ni en ningún grimorio prohibido. Don Jacinto le enseñó una forma de sabiduría que no exigía sacrificios oscuros ni pactos con entidades sobrenaturales, una sabiduría que se basaba en el servicio humilde a otros, en la atención cuidadosa a las necesidades de la comunidad, en el cultivo de virtudes simples como la paciencia y la compasión y la generosidad.

Bajo su guía Agripina comenzó a ayudar a gente del pueblo de Xico con problemas pequeños que no requerían magia sino simplemente

presencia y atención: escuchaba a mujeres mayores que necesitaban alguien con quien hablar sobre sus nietos, ayudaba a jóvenes estudiantes que tenían dificultades con tareas escolares, acompañaba a familias que pasaban por duelos o enfermedades. Era trabajo humilde, casi invisible, que no le ganaba reconocimiento ni prestigio, pero que la llenaba de una forma que ninguna cantidad de poder mágico había podido llenarla.

Una tarde mientras organizaba el desván de su casona para terminar de limpiar lo que quedaba del legado de su abuela Celedonia, Agripina encontró algo que no había visto antes o que había visto pero no había notado durante su primera exploración cuando encontró el arcón de cedro. En uno de los laterales del arcón había un compartimento secreto, apenas visible, que se abría presionando un nudo particular en la madera. Dentro del compartimento había una carta, escrita con la misma letra temblorosa de Celedonia que había escrito la primera advertencia, pero en papel diferente y con tinta que parecía más fresca como si hubiera sido escrita más recientemente.

Agripina abrió la carta con manos que temblaban ligeramente, sin saber qué esperar, y leyó:

"Mi querida Agripina, si estás leyendo esto significa que abriste el libro a pesar de mi advertencia. No te culpo. La curiosidad es el regalo y la maldición de nuestra familia. Tu bisabuelo Dimitrie pasó su vida huyendo de este libro, viviendo con el miedo constante de que lo que había dejado atrás en Moldavia lo alcanzara algún día. Yo pasé mi vida guardándolo, escondiéndolo, rezando para que nadie lo encontrara, intentando protegerte a ti y a todos los que vendrían después de mí.

Pero ahora, en estos últimos días de mi vida, sentada en esta misma casona esperando que la muerte llegue cuando quiera llegar, he llegado a entender algo que me tomó décadas comprender: que algunos objetos no pueden ser solo guardados, que esconderlos no es suficiente, que deben ser confrontados y vencidos. El libro no desaparecerá simplemente porque lo ignoremos. Debe ser enfrentado. Debe ser devuelto. Debe ser destruido por quien tenga el coraje de hacerlo.

Si estás leyendo esta carta significa que sobreviviste. Significa que tuviste el coraje que ni Dimitrie ni yo tuvimos. Significa que hiciste lo que debió hacerse hace generaciones. Y si sobreviviste, entonces aprendiste lo que yo nunca pude enseñarte con palabras, lo que solo se puede aprender viviéndolo: que la verdadera libertad no está en tener poder sobre el mundo, sino en tener paz con uno mismo. Que la verdadera sabiduría no está en conocer secretos prohibidos sino en conocer tu propio corazón. Que la verdadera magia no está en manipular la realidad sino en aceptarla y transformarte a ti mismo dentro de ella.

Te quiero, mi niña. Siempre te he querido. Y si lees esto es porque ya no estoy aquí para decírtelo en persona, pero quiero que sepas que estoy

orgullosa de ti, de tu coraje, de tu fuerza, de tu capacidad de elegir el camino difícil cuando hubiera sido más fácil rendirse. Vive bien. Vive con sabiduría. Vive con amor. Esa es la única herencia que realmente importa.

Tu abuela que te ama, Celedonia."

Agripina leyó la carta tres veces, sintiendo que las lágrimas rodaban por sus mejillas sin hacer nada por detenerlas. Celedonia había sabido. Había sabido que eventualmente el libro sería encontrado, que eventualmente alguien lo abriría, que eventualmente tendría que ser confrontado. Y en lugar de destruirlo ella misma había dejado que el destino siguiera su curso, confiando en que quien lo encontrara tendría la fuerza necesaria para hacer lo que debía hacerse.

Guardó la carta en el cajón de su escritorio junto con otros documentos importantes que quería conservar. Terminó de limpiar el desván, cerró el arcón de cedro vacío, lo dejó ahí arriba entre los otros muebles viejos y las cajas de fotografías que nadie miraría. Bajó a la cocina y se preparó té con miel mientras afuera el chipi chipi seguía cayendo con su persistencia característica.

Se sentó junto a la ventana que daba al jardín trasero donde los helechos crecían salvajes y las buganvilias trepaban por los muros de piedra, y mientras tomaba su té caliente pensó en todo lo que había perdido y todo lo que había ganado durante estos meses extraordinarios. Había perdido la ilusión de que el poder podía conseguirse fácilmente mediante atajos mágicos. Había perdido la arrogancia de creer que podía manipular la realidad sin pagar un precio. Había perdido meses de su vida a una adicción que casi la destruye.

Pero había ganado algo más valioso que cualquier cosa que el libro hubiera podido darle. Había ganado sabiduría verdadera, ganada mediante sufrimiento y renuncia y transformación. Había ganado paz consigo misma, paz que venía de saber que había enfrentado la prueba más difícil de su vida y había sobrevivido. Había ganado una relación diferente con el mundo, una relación basada no en dominación sino en armonía, no en control sino en aceptación.

Y había ganado libertad. Libertad real. La libertad que viene no de tener poder sobre otros sino de no necesitar ese poder, la libertad que viene de estar completa en uno mismo sin requerir validación externa o ventajas mágicas.

Afuera el chipi chipi seguía cayendo, lavando las calles de Xalapa sin lavar nada en realidad pero creando ese sonido familiar y reconfortante que siempre había sido la música de fondo de su vida en esta ciudad. Agripina terminó su té, lavó la taza, y subió a su estudio donde tenía trabajo que hacer, artículos que escribir, clases que preparar, una vida normal y ordinaria que ahora le parecía extraordinaria precisamente por su normalidad.

Y mientras trabajaba sintió algo que no había sentido en mucho tiempo, algo simple pero profundo: gratitud. Gratitud por estar viva, por estar sana, por estar libre, por haber tenido el coraje de hacer lo que debía hacerse y la suerte de sobrevivir para contarlo.

Gratitud por el equilibrio que finalmente había encontrado.

EPÍLOGO

EL EQUILIBRIO

Habían pasado dos años desde que Agripina Lorenzana regresó de Rumania llevando en su equipaje solo ropa y regalos de los monjes pero dejando atrás el peso invisible que había cargado durante meses, ese peso que era más pesado que cualquier objeto físico porque era el peso de un pacto no cumplido y una posesión gradual que casi la consume por completo. Dos años durante los cuales había reconstruido su vida pieza por pieza, día por día, con la paciencia de quien sabe que algunas cosas no pueden apresurarse, que la curación verdadera toma tiempo y que no hay atajos para volver a ser completo después de haber estado roto.

Vivía ahora una vida que desde afuera podría parecer ordinaria, casi aburrida en su simplicidad: daba sus clases en la Universidad Veracruzana sobre historia de las religiones y sincretismos culturales, investigaba y publicaba artículos académicos a un ritmo modesto pero constante, mantenía amistades verdaderas con un círculo pequeño de personas que la conocían bien y la apreciaban por quien era y no por lo que podía hacer por ellas. Cultivaba un jardín en el patio trasero de su casona donde antes solo crecían hierbas salvajes y ahora crecían también tomates y chiles y hierbas aromáticas que usaba para cocinar. Había adoptado un gato callejero que había aparecido en su puerta una mañana lluviosa y se había quedado, un animal anaranjado con una oreja partida que dormía sobre su escritorio mientras ella trabajaba.

A veces todavía tenía pesadillas. Soñaba con el libro abriéndose solo sobre su escritorio mostrando sentencias que no recordaba haber visto antes, sentencias que prometían cosas que ella sabía que no debía desear pero que deseaba de todas formas. Soñaba con las sombras moviéndose en las esquinas de su visión, reptando por las paredes, susurrando en lenguas que casi podía entender si solo se concentraba lo suficiente. Soñaba con su reflejo en el espejo mirándola con ojos completamente negros y diciéndole que nunca había estado realmente libre, que el pacto no podía romperse tan fácilmente, que eventualmente ellas regresarían por lo que les pertenecía.

Pero las pesadillas eran cada vez menos frecuentes. Al principio venían todas las noches, luego varias veces por semana, luego solo ocasionalmente cuando estaba particularmente estresada o cansada. Y había aprendido a manejarlas, a despertarse de ellas sabiendo que eran

solo sueños, residuos de un trauma que estaba sanando gradualmente pero que probablemente nunca desaparecería completamente. Algunos daños, había aprendido, dejan cicatrices permanentes, y eso estaba bien porque las cicatrices eran evidencia de que había sobrevivido, de que las heridas habían cerrado incluso si la piel nunca volvería a ser exactamente como era antes.

Una noche de marzo, mientras revisaba su correo electrónico antes de irse a dormir, encontró un mensaje inesperado del padre Serafín. El monje escribía en su español fragmentario pero perfectamente comprensible, y su mensaje comenzaba con bendiciones formales en el estilo ortodoxo que Agripina había aprendido a reconocer durante su estancia en el monasterio. Luego el padre Serafín explicaba que el monasterio de Neamț había decidido crear un archivo especial de lo que llamaban "textos reconciliados", un proyecto ambicioso que había estado en planeación durante años pero que solo ahora comenzaba a implementarse.

La idea, explicaba el monje, era estudiar antiguas herejías y sabidurías prohibidas no para usarlas sino para comprenderlas, para desactivar su peligro mediante el análisis riguroso y la contextualización histórica, para transformar objetos de poder en objetos de conocimiento. El archivo contendría manuscritos que durante siglos habían sido guardados en bóvedas secretas del monasterio sin que nadie se atreviera a examinarlos, pero ahora con la supervisión apropiada y las protecciones espirituales necesarias serían estudiados, traducidos, explicados.

Y el padre Serafín preguntaba si Agripina estaría dispuesta a colaborar con el proyecto enviando todo lo que recordara del Libro de las Sentencias, todas las ciento cuarenta y cuatro sentencias que había memorizado durante los meses en los cuales había usado el libro obsesivamente, traducidas y contextualizadas, despojadas de su poder ritual pero preservadas como testimonio histórico de una tradición esotérica que de otra forma se perdería para siempre ahora que el libro original había sido destruido.

Agripina leyó el correo tres veces sintiendo emociones contradictorias que se mezclaban en su pecho haciéndola sentir incómoda. Su primera reacción fue de rechazo inmediato, un instinto de protección que le decía que no debía volver a acercarse a nada relacionado con el libro, que escribir las sentencias otra vez aunque fuera para propósitos académicos sería una forma de invocación, una forma de darles vida nuevamente, una forma de abrir puertas que había cerrado con tanto esfuerzo y tanto dolor.

Pero luego, mientras seguía pensando en la propuesta durante los días siguientes, comenzó a ver otra perspectiva. Había una diferencia fundamental entre usar el conocimiento y estudiarlo. Entre buscar poder mediante las sentencias y buscar comprensión de por qué las sentencias

habían tenido ese poder. Entre ser poseída por el libro y tomar posesión intelectual de lo que el libro había representado mediante el análisis crítico que desacralizaba sus contenidos y los convertía de objetos mágicos en objetos históricos.

Después de una semana de consideración cuidadosa, de consultas con don Jacinto que le aconsejó que siguiera su corazón pero que mantuviera sus protecciones espirituales, de conversaciones con Laura que pensaba que podría ser terapéutico enfrentar el trauma de esta forma transformándolo en trabajo académico, Agripina respondió al correo del padre Serafín diciendo que aceptaba colaborar con el proyecto.

Pasó los siguientes meses trabajando en el manuscrito de forma metódica y disciplinada, dedicándole dos horas cada noche después de terminar sus otras obligaciones. Reconstruía de memoria las sentencias del libro una por una, escribiéndolas en español moderno y agregando notas extensas que explicaban su posible contexto histórico, sus orígenes probables en tradiciones gnósticas o en paganismo eslavo o en sincretismos entre cristianismo ortodoxo y creencias precristianas. Analizaba su funcionamiento psicológico como placebos elaborados o como profecías autocumplidas que operaban mediante el poder de la sugestión y la coincidencia selectiva. Desmantelaba su poder mediante la explicación racional.

Era un trabajo difícil y a veces doloroso porque cada sentencia que escribía la hacía recordar cómo la había usado, qué había sentido cuando la usó, qué precio había pagado por ese uso. Pero también era un trabajo liberador porque transformaba esos recuerdos de fuentes de vergüenza y miedo en datos para análisis, en material para estudio, en evidencia de una tradición cultural fascinante aunque peligrosa. Era terapia disfrazada de investigación académica, era la forma de tomar control de una narrativa que la había controlado a ella durante demasiado tiempo.

Cuando terminó el manuscrito después de seis meses de trabajo constante lo envió por correo electrónico al padre Serafín en un archivo PDF cuidadosamente formateado con notas al pie y bibliografía académica y todo el aparato crítico que convertiría las sentencias malditas en un documento académico respetable. El monje respondió dos semanas después con un mensaje que incluía una bendición formal y una observación que Agripina atesoró: "Has transformado veneno en medicina. Esa es la verdadera alquimia, no la que busca convertir plomo en oro sino la que convierte experiencias tóxicas en sabiduría curativa".

En la última página de su manuscrito, en una sección que tituló "Reflexiones Personales" y que no estaba destinada a los monjes sino a ella misma como una forma de cerrar el círculo completamente, Agripina escribió:

"He aprendido durante estos años que el equilibrio entre el bien y el mal no yace en evitar completamente el mal, porque la curiosidad y el deseo son parte fundamental de ser humano, parte de lo que nos hace capaces de crecer y aprender y transformarnos. El equilibrio yace en la sabiduría para interpretar lo que encontramos, para elegir conscientemente qué hacer con el conocimiento que obtenemos, y para renunciar a lo que no debemos usar aunque tengamos el poder de usarlo.

Cada sentencia del libro era en realidad una pregunta disfrazada de mandato. No decía simplemente 'esto es lo que sucederá' sino que preguntaba '¿usarás este poder?' Y la sabiduría, la verdadera sabiduría que me tomó tanto sufrimiento aprender, estaba en desarrollar la capacidad de responder: no lo necesito. No porque el poder no sea real, no porque no funcione, sino porque el precio de usarlo es más alto que cualquier beneficio que pueda traer.

La libertad no viene de tener poder sino de no necesitarlo. La sabiduría no viene de conocer secretos sino de saber cuándo no usar lo que conoces. El equilibrio no viene de evitar la oscuridad sino de elegir conscientemente la luz incluso cuando la oscuridad promete caminos más fáciles."

Cerró el documento, lo guardó en una carpeta junto con todas las otras versiones y borradores que había creado durante el proceso, apagó su computadora. Se levantó de su escritorio donde el gato anaranjado dormía enroscado sobre una pila de libros, salió al jardín trasero de su casona.

Era una tarde de chipi chipi, exactamente como aquella primera tarde dos años y medio atrás cuando había subido al desván y había encontrado el arcón de cedro y había abierto lo que no debió abrirse. La misma llovizna persistente que no limpia sino que solo humedece, que no refresca sino que solo empapa, que cae sobre Xalapa con una regularidad que hace que los xalapeños dejen de notarla excepto cuando está ausente.

Pero ahora la lluvia no le parecía ominosa como le había parecido entonces, cuando todo estaba cargado de presagios y amenazas invisibles. Ahora le parecía simplemente tranquila, necesaria, el ritmo ordinario del mundo siguiendo su curso sin preocuparse por los dramas humanos que se desarrollaban debajo de ella. Los helechos en su jardín bebían la lluvia agradecidos. Las buganvilias brillaban con colores más intensos cuando estaban mojadas. Los tomates que había plantado crecían gordos y rojos alimentándose del agua constante.

Agripina se quedó de pie bajo el alero del techo que protegía parcialmente el patio, sintiendo las gotas ocasionales que el viento traía hasta donde estaba, respirando el olor a tierra mojada y a vegetación húmeda que siempre le había gustado aunque durante un tiempo lo había asociado con cosas oscuras.

Pensó en todo el camino que había recorrido desde aquella tarde hasta esta. Pensó en la Agripina que había sido, la profesora escéptica y ambiciosa que creía que el conocimiento podía controlarse y usarse sin consecuencias. Pensó en la Agripina que había sido durante los meses de adicción al libro, perdida en la ilusión de poder, alimentando sin saberlo a entidades hambrientas con su propia voluntad. Pensó en la Agripina que había viajado a Rumania desesperada, buscando salvación en el lugar donde la maldición había comenzado.

Y pensó en la Agripina que era ahora, parada en su jardín bajo la lluvia, con un gato que la esperaba adentro y amigos que la llamaban regularmente y estudiantes que dependían de ella y un trabajo que amaba y una vida que era ordinaria pero plena precisamente por su ordinariez. Una Agripina que había sido rota y había sanado, que había caído y se había levantado, que había estado poseída y se había liberado.

Una Agripina que finalmente, después de todo, había encontrado el equilibrio.

Sonrió sintiendo algo que no era felicidad exactamente, porque la felicidad es un estado temporal que viene y va, sino algo más profundo y más duradero: contentamiento. Paz. La certeza tranquila de que estaba exactamente donde debía estar, siendo exactamente quien debía ser, viviendo exactamente como debía vivir.

El chipi chipi seguía cayendo sobre Xalapa, sobre los cafetales que rodeaban la ciudad, sobre las montañas verdes que se alzaban al norte y al oeste. Seguiría cayendo mañana y pasado mañana y el día después de ese, porque esa era la naturaleza de Xalapa, ciudad de lluvia perpetua y neblina constante, ciudad donde lo ordinario y lo extraordinario se mezclaban tan completamente que a veces era imposible distinguir uno del otro.

Agripina entró de vuelta a su casa, cerró la puerta detrás de ella, se secó el cabello húmedo con una toalla. El gato anaranjado la esperaba en el recibidor, maulló pidiendo su cena. Ella lo alimentó, preparó té para sí misma, se sentó en su sillón favorito junto a la ventana que daba al jardín.

Afuera la lluvia seguía cayendo, lavando el mundo sin cambiarlo realmente, siendo simplemente lo que era: agua del cielo regresando a la tierra, completando el ciclo eterno que había existido antes de que existieran libros malditos o monasterios ortodoxos o mujeres que buscaban poder en lugares equivocados.

Y Agripina, sosteniendo su taza de té caliente entre las manos, mirando la lluvia caer sobre su jardín, supo con absoluta certeza que era libre.

Completamente, finalmente, irrevocablemente libre.

FIN